

MIGUEL PEQUENINO

**El Directorio ascético  
de Juan Bautista Scaramelli**

*A los seminaristas de  
mi diócesis de Benguela, en Angola  
M.P.*

Fundación GRATIS DATE. Pamplona, 2001

# Introducción

---



---

## Juan Bautista Scaramelli

Juan Bautista Scaramelli nació en Roma en 1687. Y habiendo concluido sus estudios filosóficos, entró a los diecinueve años en el noviciado de la Compañía de Jesús (1706). Allí permaneció un año y recibió de superiores y directores de conciencia los fundamentos de su formación religiosa y espiritual. Durante cinco años fue profesor de letras en los colegios de Ragusa y Loreto (1709-1714), y una vez cursados los estudios teológicos, fue ordenado sacerdote (1717), y realizó su tercer año de noviciado. Enseñó luego filosofía en el colegio de Macerata, en donde hizo su profesión solemne (1721).

Es en 1722 cuando inicia su vida de predicador. Destinado por sus superiores a las misiones populares, pasó en ese ministerio toda su vida, entregándose totalmente a la predicación de la Buena Nueva y a la dirección espiritual en beneficio de las almas.

Como misionero popular, Scaramelli utiliza el método del jesuita Pablo Segneri, el mayor (+1694): predicaciones en las plazas, procesiones penitenciales, largas horas en el confesionario, comuniones generales, etc. En Cuaresma y verano da ejercicios espirituales a sacerdotes y religiosos. Su empeño generoso por la salvación de las almas y su entrega al servicio de la Iglesia

hizo que en breve su fama se extendiese por toda Italia. Finalmente, después de muchos trabajos apostólicos, murió súbitamente en Macerata, en 1752, a los sesenta y cinco años de edad.

## Sus escritos

Los escritos de Scaramelli constituyen una aportación bastante considerable a la historia de la espiritualidad, si bien no es en ellos realmente original, ya que siempre se inspira en los Santos Padres, y principalmente en Santo Tomás de Aquino. En todo caso, es notable el modo con que presenta la doctrina espiritual, siempre con arte, método y orden admirables. Y es notable también el amplio uso que se ha hecho de sus escritos, de sus *Directorios* especialmente, hasta nuestro tiempo.

Las cuatro obras que nos quedan de él son fruto de su vida de estudio, de misionero y de director espiritual. La *Vita de Suor Maria Crocifissa Satellico* (1750) ensalza sobre todo el valor de las mortificaciones. *Discernimento degli spiriti* (1753) presta su ayuda a toda clase de personas, pero especialmente a los directores espirituales. En *Dottrina di S. Giovanni della Croce* (1760) resume las obras principales del gran doctor místico. Scaramelli, sin embargo, es conocido sobre todo por sus Directorios: el *Direttorio ascetico in cui*

*s'insegna il modo di condurre le anime per le vie ordinarie della grazia alla perfezione cristiana* (1753) y por el *Directorio místico indirizzato ai direttori di quelle anime che Iddio conduce per la via della contemplazione* (1754).

## Los Directorios

Scaramelli realiza en sus Directorios una síntesis de lo que un siglo antes el jesuita Diego Alvarez de Paz (+1620) había expuesto en obras de numerosos volúmenes.

El *Directorio ascético*, del que hacemos resumen en la presente obra, llegó a ser un libro muy usado, divulgado en más de veinte ediciones italianas, otras tantas francesas y en varias más de diferentes lenguas. El autor describe en esta obra el itinerario de la perfección, siguiendo el esquema tradicional de las tres vías o fases: purificativa, iluminativa y unitiva –incipientes, adelantados, perfectos–; y enseña al mismo tiempo el modo de conducir las almas hacia la perfección cristiana por las vías ordinarias de la gracia.

Divide este libro en cuatro tratados: 1º, *Medios* generales de perfección. 2º, *Obstáculos* para adquirirla. 3º, Disposiciones próximas a la perfección (*virtudes morales*). 4º, Perfección esencial del cristiano (*virtudes teologales*).

Normalmente los autores, como Santo Tomás (*STh* II-II), suelen tratar primero de las virtudes teologales, que fundamentan toda la vida espiritual, y después de las morales. Scaramelli sigue, en una opción discutible, un orden inverso, quizá ateniéndose a que «el fin del Evangelio es la caridad de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe sincera» (1Tim 1,5). O siguiendo tal vez a San Pedro, quien, después de exponer una cadena preciosa de virtudes morales, termina diciendo: «si éstas tenéis, y en ellas abundáis, no os dejarán

ellas ociosos ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo» (2Pe 1,5-8).

En el *Directorio místico* presenta Scaramelli un camino espiritual de aquellos a quienes Dios conduce por la vía de la contemplación. Da naciones básicas de teología y psicología, útiles para comprender las experiencias místicas y su doctrina; trata de la contemplación en general, describe su desarrollo en doce grados, y explica la purificación pasiva de los sentidos y del espíritu.

Acerca de la condición ordinaria o extraordinaria de la vida mística, cf. A. Royo Marín, *Teología de la perfección cristiana*, BAC 114, 1994<sup>6</sup> n.186-188; J. Rivera - J. M. Iraburu, *Síntesis de espiritualidad católica*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1994<sup>4</sup>, 176-183.

## Situación histórica

En la época de Scaramelli, como es sabido, tiene gran fuerza el *iluminismo*, movimiento ideológico de visión deísta, que rechaza todo lo referente a un orden sobrenatural. Intenta, pues, un nuevo modo de ver y de valorar las cosas, opuesto a la forma tradicional. Esta corriente cultural, que se extiende en toda Europa desde el último decenio del siglo XVII hasta el comienzo del XIX, sostiene que los únicos principios válidos son aquellos que se fundamentan en la razón (+E. Pacho, *La espiritualidad de la Ilustración y Literatura espiritual del Barroco y de la Ilustración*, en AA.VV., *Historia de la espiritualidad*, v. II, Flors, Barcelona 1969).

De hecho, este fenómeno, como era de esperar, tiene nefastas consecuencias en la sociedad cristiana de la época. La fe del pueblo se ve completamente arrasada, pues antes del siglo XVII nunca se había producido de modo semejante un movimiento que pusiera en duda las realidades espirituales. La religión es sustituida por la ideo-

logía, y el valor religioso ya no es lo fundamental, llegando a iniciarse así un ateísmo de masas. Es una situación que vendrá a resolverse en la secularización y en la des-cristianización de la sociedad.

Desde el punto de vista espiritual, en este período se vive de lo recibido, predomina la rutina y crecen las devociones populares. Y como es tan escasa la fuerza creativa, muchos comienzan a cuestionar ciertas prácticas piadosas en uso.

### Jansenismo y quietismo

Por otro lado, a mediados del XVII, están obrando también con gran fuerza otros dos corrientes, jansenismo y quietismo, que modifican hondamente la verdadera vida cristiana.

Procedente del obispo Jansenius Corneille (+1638), podría decirse que el *jansenismo* viene a ser un calvinismo imperfecto. Moralmente rigorista, oscurece la espiritualidad de esta época con un sombrío fatalismo.

Por el contrario, el *quietismo*, concretamente el de Miguel de Molinos (+1698), lleva a una vida cristiana dominada por la pasividad. Para los quietistas, toda la vida espiritual se centra en la oración, en la intimidad con Dios contemplativa, en una oración que consiste en escuchar a Dios sin hacer absolutamente nada. Se trata, pues, de una espiritualidad estrictamente interiorista.

### Reacciones de la Iglesia

La Iglesia reacciona rápidamente ante los errores del iluminismo. Los escritores eclesiásticos se ven obligados a demostrar lo que dicen y a explicar lo que proponen, ampliando considerablemente las líneas de acción. En estas circunstancias, surge en la Iglesia un enciclopedismo ascético-místico, que viene a imitar el enciclopedismo

de los filósofos y naturalistas. Un maravilloso florecimiento de estudios teológicos se hace sentir en estos años dentro de la comunidad eclesial. Se amplían, por obra sobre todo de teólogos dominicos, franciscanos y jesuitas, las fronteras de la teología, que se abre a nuevos horizontes en cuestiones dogmáticas o morales, exegéticas o apologeticas.

Pues bien, es ahora cuando la Teología Espiritual, al principio llamada *teología mística*, se va afirmando cada vez más como un tratado teológico independiente. El camino de perfección ordinario va tomando el nombre de *ascética*, y el que algunos consideran extraordinario recibe el nombre de *mística*. Siguiendo esta discutible división de «doble vía», en 1750, por ejemplo, se publica el *Directorio ascético-místico* de Bernardo de Castelvetere. Y en este mismo sentido, Scaramelli escribe el *Directorio ascético* y el *Directorio místico*, como heredero inmediato de la sabiduría espiritual de otros maestros jesuitas, entre ellos Alonso Rodríguez (+1616: *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*) y sobre todo, como ya señalé, Diego Alvarez de Paz (+1620), con sus amplias y numerosas obras.

### La presente edición

En junio de 1997 defendí en Burgos, en la Facultad de Teología, una tesina de licenciatura, que titulé *O caminho de perfeição cristã com ajuda do Director espiritual, segundo o Directório Ascético de João Baptista Scaramelli*.

Usé como texto básico los cuatro volúmenes del *Directorio Ascético* editado en la Imprenta de Ramón Ruiz, Madrid: I, 1794, 662 págs.; II, 1794, 540 págs.; III, 1795, 651 págs.; y IV, 1795, 408 págs. En referencia a estos volúmenes hago las citas, a veces con mínimas modificaciones, que acerquen al castellano actual, y seña-

lando siempre volumen y página<sup>IV,407</sup>, según el ejemplo precedente.

Invitado por el profesor José María Iraburu –a quien agradezco sinceramente su iniciativa y ayuda–, he realizado una versión simplificada de la tesina aludida. De este modo, con el *Directorio ascético* de Juan Bautista Scaramelli, ofrezco a los lectores una síntesis clásica de espiritualidad católica –fiel sobre todo a la doctrina de Santo Tomás de Aquino–, que puede prestar sin duda un válido servicio a quienes se inician en el camino de la perfección y a quienes les ayudan en este santo intento. Así lo quiera Dios.

# 1

## Medios comunes para la perfección cristiana

### Medios comunes

«Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48), dice el Señor. Ahora bien, esta perfección que el Redentor quiere para nosotros solamente es posible conseguirla si usamos ciertos medios, que nos capacitan para asimilar la santidad de Dios.

Hay *medios comunes* para la perfección, y que por tanto se refieren a todas las fases de la vida espiritual, pues de ellos están necesitados lo mismo incipientes y adelan-

tados que perfectos. Estos medios son como el fundamento del edificio de perfección que se pretende construir, y marcan las líneas principales por las que los directores espirituales deben conducir con toda seguridad a sus penitentes.

### El deseo de perfección

Santo Tomás define este deseo como un movimiento afectuoso de la voluntad, tendente a los bienes espirituales que todavía no se poseen. Según esto, si un cristiano no desea la perfección, su voluntad no es capaz de moverse afectuosamente. Por eso es imposible que haga progresos en su vida espiritual (*STh* I-II, 12,6).

De hecho, la experiencia que nos da la vida de los santos hace notar que sin un deseo de perfección reavivado con frecuencia, la vida interior se debilita. Por eso el deseo constituye el inicio de la realización humana.

«Vea, pues, el Director que estos deseos han de ser la primera piedra que ha de echar en el alma de los penitentes, en quienes quiere levantar el bello edificio de la perfección cristiana. Ésta ha de ser la semilla de aquel árbol que ha de producir fruto de toda virtud, y sobre todo la manzana de oro de la divina caridad. Sin esta piedra fundamental, y sin esta semilla fecunda, es necedad pensar que pueda conseguir su intento».<sup>1,46</sup>

San Pablo nos da un ejemplo bien significativo de voluntad de perfección cuando dice de sí mismo: «No es que la haya alcanzado ya, es decir, que haya logrado yo la perfección, sino que la persigo por si le doy alcance, por cuanto yo mismo fui alcanzado por Cristo Jesús. Hermanos, yo no creo haberla aún alcanzado; pero dando al olvido lo que ya queda atrás, me lanzo en persecución de lo que tengo delante, corro hacia la meta, hacia el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús» (Flp 3,12-14).

San Agustín, comentando estas palabras del Apóstol, llega a decir: «Ésta es nuestra vida: que nos ejercitemos por el deseo. Pero en tanto nos ejercita el deseo en cuanto apartamos nuestros deseos de amor del siglo» (*Tr. Ev. Jn. 4,6*).

Ahora bien, para que estos deseos conduzcan eficazmente a la deseada perfección es necesario que nunca desfallezcan, sino que siempre sean firmes y estables en el cristiano, para que puedan impulsar continuamente los trabajos del edificio de la perfección. Para ello son recomendables dos cosas:

–*El uso frecuente de las meditaciones*, en las que se conoce cuánto merece Dios ser amado, la grandeza de sus beneficios y de su amor, que tanto fuerza tienen para excitar el corazón a un amor recíproco. En las verdades de la meditación se descubre el horror de los pecados y la deformidad de los defectos. Por eso es necesario un ejercicio estable y frecuente de las meditaciones, para que el corazón se inflame siempre en los deseos de perfección.

–*La renovación continua del propósito de caminar hacia la perfección*. Estas resoluciones renovadas hacen crecer la fortaleza de la voluntad. «Repite siempre con la mente la renovación de caminar a la perfección, como si jamás hubieses comenzado, ni puesto la mano en tan bello trabajo».<sup>1,70</sup>

### **La conformidad con la voluntad de Dios**

Ejercitarse en la conformidad con la voluntad de Dios es el medio que más contribuye a la perfección cristiana, porque es lo que nos une más íntimamente a Dios. Y entendemos esa conformidad como una total y amorosa sumisión a Dios.

Por lo demás, la voluntad de Dios se nos manifiesta a través de los mandamientos, las prohibiciones y los acontecimientos queridos o permitidos por Dios<sup>IV,234</sup>. En

cuanto a esto último, sabemos bien por la fe que nada sucede en este mundo que no haya sido previsto y querido, o al menos permitido, por Dios desde toda la eternidad. Y Dios no puede querer ni permitir cosa alguna en una persona que no esté de acuerdo con el fin para el que fue creado.

Dios quiere que su voluntad sea perfectamente cumplida por sus criaturas, y éstas solamente podrán darle total cumplimiento en el amor, que es la plenitud de la ley. Así nos lo enseña la Escritura: «Los que temen al Señor procuran agradarle, y los que lo aman se sacian de su ley» (*Ecli 2,16*). Y también: «si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (*Jn 14,15*).

Sobre el amor a Dios dice San Gregorio Magno: «Si a cada uno de vosotros se pregunta si ama a Dios, con todo aplomo y seguramente responderá: “Sí, yo le amo”. Pero en el mismo principio de la lectura habéis oído que la Verdad dice: “Todo el que me ama cumplirá mis mandamientos”. Por tanto, la prueba del amor es la realización de las obras. Y así el mismo San Juan avisa: “Si alguno dice: sí, yo amo a Dios, y no observa sus mandatos, es un mentiroso” (*1Jn 4,20*). Amamos, pues, de veras a Dios y guardamos sus mandamientos cuando refrenamos nuestras concupiscencias, porque quien todavía se derrama en deseos ilícitos, sin duda no ama a Dios, puesto que contraría su voluntad» (*Hom. Ev. Jn. 30, 1*)

–El primer motivo para conformarse a la voluntad de Dios es sin duda que *Él merece infinitamente que cumplamos su voluntad*.<sup>II,242</sup> Por el hecho de ser Creador de todo cuanto existe, Dios es también Señor de todo, y tiene un supremo señorío sobre nosotros. Por eso El mismo dice: «guardaréis todas mis leyes y todos mis preceptos, y los cumpliréis. Yo soy el Señor» (*Lev 19,37*).

–El segundo motivo, el más poderoso, se fundamenta en *la suma bondad de Dios*. En efecto, «el motivo más poderoso de esta santa conformidad, el que debemos tener siempre fijo en nuestra mente, es sin duda el hecho de que Dios es el Sumo Bien, que

merece que todas las criaturas se conformen a su querer». <sup>IV,252</sup>

De esta conformidad depende nuestra felicidad, pues la voluntad de Dios es la regla suprema de la perfección cristiana, y atenerse a ella significa amar al mismo Dios. Ahora bien, sólo es posible concretar en nuestra vida esa conformidad santa tomando a Cristo mismo como Modelo y como Ayuda, pues él no hizo otra cosa que cumplir en todo la voluntad de su Padre (+Mc 14, 36).

La voluntad de Dios es la regla suprema de la perfección, y seramos, pues, tanto más perfectos, cuanto más nos conformemos a su voluntad.

#### *Avisos al Director espiritual*

Es función muy principal del Director espiritual

—despertar en las almas que se le confían *el santo deseo de la perfección cristiana*. Aunque también en esto debe observar una gradualidad prudente:

«Acerca de introducir las almas al camino de la perfección, proceda el Director con prudencia, con buen orden, y con destreza; porque de otra suerte, no conseguirá el intento deseado. [...] Si la persona se halla aun envuelta en culpas graves, o apasionada con los lazos de afectos y ocasiones malas, no está ciertamente en disposición de que se le deba hablar de perfección. En tal estado, es menester curar primero el alma de las heridas mortales de sus pecados, y volverla a la vida de la gracia». <sup>I,75</sup>

—En cuanto a *la conformidad con la voluntad de Dios*, ha de asegurarse el Director de que sus dirigidos estén libres de pecados graves, y debe comenzar a iniciarlos en los sentimientos de amor a Dios. En todo caso, esa conformidad y ese amor deben llevar a una intención recta y pura. <sup>IV,290</sup>

Más aún, ayuda mucho a la conformidad con la voluntad divina formar en el hábito de que todas las operaciones, grandes o pe-

queñas, sean realizadas con la intención de *agradar a Dios*, pues obrando así, también se orientarán a Dios las cosas que no proceden de libres elecciones. El Director, por otra parte, debe educar a sus discípulos para que unan conformidad y *confianza en Dios*, pues ésta facilita mucho la primera. <sup>IV,291</sup>

#### **La dirección espiritual**

La dirección espiritual es el arte de conducir a las almas progresivamente, desde el comienzo de la vida espiritual hasta su perfección (I,194).

—*La dirección es moralmente necesaria*, si bien es cierto que ha habido en la historia de la Iglesia personas que llegaron a la perfección sin ayuda humana. Pero como dice San Agustín, «el no ser dirigido por otro es algo que sólo debemos admirar en el santo, cuya conducta no depende ya de ningún hombre, sino del mismo Dios» (*Com. Salm.* 133,1). En general, pues, ha de considerarse la necesidad de la dirección según aquello de San Bernardo: «aquél que se constituye maestro de sí mismo se hace discípulo de un necio» (*Epist.* 87,7).

La Sagrada Escritura muestra claramente la necesidad de ciertas mediaciones humanas. Dios, a través de su ángel, envía Pedro a Cornelio (Hch 10,5), y a Pablo, en su conversión, lo remite a Ananías, para que le muestre lo que debe hacer (9,6). Y el mismo San Pablo dice: «somos embajadores de Cristo, y es Dios quien os exhorta por medio de nosotros» (2Cor 5,20). Es esto «tanta verdad que en las cosas pertenecientes al espíritu nos quiere Dios sujetos, abiertos, y dependientes de sus ministros, siempre que podamos consultarlos». <sup>I,97</sup>

La dirección espiritual nos ayuda tanto a vencer en el combate contra las tentaciones, como a ejercitar con firme perseverancia las virtudes. Por otra parte, la necesidad de un guía espiritual procede sobre todo del amor propio, pues a causa de sus pasiones se oscurece el entendimiento (I,105).

—*El Director espiritual debe tener ciertas cualidades*: ha de tener

1º, *conocimiento* de la buena doctrina espiritual, para no inducir a error al conducir a otro por los caminos del Señor.

2º, *bondad* de vida, virtudes, y concretamente humildad, pues «Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes» (1Pe 5,5).

Y 3º, *experiencia* de vida perfecta, adquirida en sí mismo y en la dirección de otras personas. Por eso, ninguno debe hacerse guía espiritual si no es discípulo en la escuela del Espíritu; ni debe enseñar perfección a otros aquel que nunca la ha practicado en sí mismo.<sup>1,8.107</sup>

Son las mismas cualidades que a los Directores exigen Santa Teresa de Jesús (*Camino* 5,2) o San Juan de la Cruz (prólogo *Subida* 4-5; *Llama* 3,30-31).

Junto a ello, el Director espiritual ha de cumplir siempre su ministerio bien consciente de que *el mismo Dios es el Artífice principal de la dirección espiritual*, y pues sólo El puede transformar el corazón de los hombres. El Director, pues, ha de procurar con todo empeño ser dócil al Espíritu Santo, pues él sólo ha de ser un instrumento eficaz de Dios en el servicio de las almas.

—*El dirigido, por su parte, debe procurar ciertas cualidades*, como la claridad y apertura de corazón, la humildad y la obediencia al Director, con el que debe tener una relación de verdadera confianza.<sup>1,625</sup>

—*El ministerio del Director es múltiple*. Una de sus funciones importantes es ayudar al discípulo a leer con provecho los libros santos.

«Insinúe, pues, el Director a sus penitentes que acabada la lección espiritual, den gracias a Dios por las luces y afectos devotos que les ha comunicado; y que después recojan algún sentimiento que les ha hecho más impresión para ruminarlo entre día y también para considerarlo más atentamente, y penetrarlo más vivamente en sus medita-

ciones».<sup>1,150</sup>

El Director ha de lograr que sus discípulos no tengan dificultad para desvelarle los secretos de su corazón, y estén prontos a seguir sus consejos y ejecutarlos. Para ello, el Director, si ha de ganar para sí y para Dios el alma de sus penitentes, ha de «vestirse de entrañas de misericordia», como dice San Pablo (Col 6,12) (I,121). Ha de imitar a Jesucristo, «manso y humilde de corazón» (Mt 11,29), que en el trato con los hombres no buscaba su propia gloria (+Jn 8,50), sino sólomente la gloria del Padre (17,4).

### La lectura espiritual

La lectura de libros santos ayuda mucho en la búsqueda de la perfección cristiana. Dice Scaramelli, siguiendo a San Bernardo, que «la lectura, es como el manjar espiritual aplicado al paladar del alma: la meditación después lo mastica con sus discursos: la oración prueba el sabor».<sup>1,131</sup>

Los libros sagrados ayudan a la oración, infunden en el entendimiento ideas nobles de superación y progreso, y encienden en el corazón el fuego santo del amor. Por otra parte, «los pensamientos buenos que llenan nuestra mente con la sagrada lectura echan fuera los pensamientos inútiles, vanos o perversos, que abundantemente crecen en la tierra de nuestro corazón».<sup>1,131</sup>

La lectura espiritual es captar con ánimo atento aquello que la Sagrada Escritura o los libros buenos nos enseñan. Y aunque los libros espirituales, así como las vidas de santos, nos proporcionan una riqueza incalculable, la Sagrada Escritura debe ocupar siempre el primer lugar, pues la fe nos la muestra como el manantial de espiritualidad que Dios ha puesto a disposición de los hombres. El mismo Señor nos asegura que «las palabras que os dije son espíritu y vida» (Jn 6,64).

La lectura santa nos enseña lo que debemos hacer, lo que hemos de evitar, y nos muestra el camino que debemos seguir para llegar a nuestro santo fin, que es la caridad perfecta. San Agustín enseña que para vivir santamente hemos de orar y leer: «en la oración hablamos a Dios, en la lectura de los libros santos es Él quien nos habla» (*Serm.* 12,2). Él mismo declara que en buena parte su conversión se debió a la lectura espiritual, en la que Dios le comunicó la luz decisiva y le arrancó del pecado (*Confesiones* VIII, 6,14).

La lectura espiritual fue considerada siempre por los Padres como medio muy importante de santificación. Y así dice San Gregorio, que «los libros espirituales son como un espejo que Dios pone ante nosotros, para que viéndonos en él, corrijamos nuestros errores y nos adornemos de todas las virtudes» (*Moralia* II,1).

Ahora bien, para que la lectura sea realmente provechosa no ha de reducirse a un estudio teórico, sino que ha de ser un ejercicio espiritual para alimentar al hombre, que «no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Dt 8,3; Mt 4,4). Ha de ser también una lectura asidua, que preste luz, fuerza y estímulo continuos. Y ha de hacerse con vivo deseo de perfección y de poner en práctica lo que la lectura enseña. Por eso han de evitarse con cuidado la curiosidad inútil, la vanidad intelectual o la actitud crítica.<sup>1,144</sup>

## Oración y presencia de Dios

–*Naturaleza de la oración.* Hay oración en la medida en que captamos la presencia amorosa de Dios. Y en la oración se condensan los dos medios precedentes, ya aludidos: el *deseo* de perfección y la *conformidad* con la voluntad divina. En efecto, la oración cristiana busca la presencia de Dios, la unión con Él, y la sumisión amo-

rosa a su voluntad, en la que consiste la perfección espiritual. Ésa es para los Padres la esencia de la oración: «una elevación del alma a Dios».

San Bernardo estima que la oración de súplica debe ir precedida de la meditación, pues «la meditación nos hace ver lo que nos falta, y la oración nos lo alcanza. La primera nos muestra el camino, y la segunda nos conduce por él. La meditación nos hace ver los peligros que nos amenazan, y con la eficacia de la oración los evitamos, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo» (*Serm. I Nacim. S. Andrés*).<sup>1,213</sup>

Santo Tomás pone en el Bautismo el punto de partido de la oración cristiana, pues es en ese sacramento en el que se nace a la gracia, la cual es necesaria para elevar continuamente el corazón a Dios, para perseverar en el camino de Cristo, y para entrar en su reino. Tomemos ejemplo de Jesús, que una vez bautizado, ve en la oración los cielos abiertos (Lc 3,21) (*STh* I-II, 107,10; 109,10).

–*Necesidad.* De hecho, la oración es un medio necesario para la vida cristiana, pues sin la ayuda de Dios el alma no puede permanecer en su amistad. Son muchos, en efecto, los impulsos procedentes de las pasiones que nos precipitan hacia el mal; muchos los atractivos de los objetos exteriores que nos convidan a lo que es nocivo; y muchos los asaltos con que nos empujan al mal nuestros infernales enemigos. Así las cosas, «nuestro frágil ser terreno, si no es protegido por la mano omnipotente de Dios, no puede mantenerse en su gracia».<sup>1,252</sup>

Ahora bien, esta ayuda de la gracia, tan necesaria para conservarnos en la amistad con Dios, no se da de ordinario si no a quien pide y ruega por ella. De ahí que la Sagrada Escritura expresa esta necesidad de orar siempre sin desfallecer: «Vigilad y orad para que no caigáis en la tentación. El espí-

ritu está pronto, pero la carne es flaca» (Mt 26,41). «Velad, pues, en todo tiempo y orad, para que podáis escapar a todo lo que va a suceder y para poder comparecer ante el Hijo del Hombre» (Lc 21,36). «Sed perseverantes y vigilantes en la oración, acompañada de acción de gracias» (Col 4,3).

Es ésta una doctrina muy tradicional en los Padres. Y así San Gregorio Nacianceno afirma que «debíamos pensar en Dios tantas veces como respiramos. Haciendo así, tendríamos hecho casi todo y habríamos casi asegurado nuestra perfección» (*Oraciones* 1) Y santa Teresa: quienes «se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma –donde está el que lo hizo, y la tierra– y acostumbrar a no mirar ni estar adonde se distraigan estos sentidos exteriores, crea que lleva excelente camino» (*Camino* 28,2).

–*Objeto de la petición.* Santo Tomás hace ver que en la oración, cuando estamos en la intimidad de Dios, hemos de pedirle ante todo los bienes espirituales, es decir, la gracia habitual, las virtudes y los siete dones del Espíritu Santo. Éstos son los verdaderos bienes, los que nos hacen absolutamente buenos y los que nos conducen a la felicidad eterna.

–*Condiciones de eficacia.* Y para que la oración suplicante sea eficaz debe reunir tres condiciones: *fe, humildad y perseverancia.* En efecto, la oración no se apoya en los méritos de quien reza, sino principalmente en la fe. Así dice el Señor: «todo cuanto pidiéreis con fe en la oración, lo recibiréis» (Mt 21,22). Y Santiago: «si alguno de vosotros se halla falto de sabiduría, pídala a Dios, que a todos da generosamente y sin reproches, y le será otorgada. Pero pida con fe, sin vacilar en nada, que quien vacila es semejante a las olas del mar, movidas por el viento y llevadas de una a otra parte» (Sant 1,5-6) (+*STh* II-II, 83,5).

*Esta fe en la oración significa confianza en Dios, y sin ella no nos concede lo que le pedimos. Es fe que reside tanto en el entendimiento cuanto en la voluntad. En el entendimiento, en cuanto que el hombre cree con toda la firmeza de su mente que Dios le concederá por su bondad aquello que pide. Por eso, «cuanto mayor es esta esperanza fundada en fe, tanto más segura está la persona de que serán oídas las súplicas que en la oración presenta al trono de la divina clemencia».*<sup>1,247</sup>

*Y en cuanto a la humildad, cuando elevamos nuestro corazón a Dios hemos de tener en cuenta nuestras propias miserias y la infinita misericordia de Dios. Estos dos afectos, humildad y confianza, son las alas que elevan la oración hasta Dios. Hallamos maravillosos ejemplos de humildad y confianza en oraciones, como la del profeta Daniel (Dan 9,18) o en la del publicano (Lc 18,9-14).*<sup>1,247</sup>

Finalmente, *la oración ha de ser perseverante*, pues para que el hombre pueda realizarse, constante debe ser su contacto con Dios. Por lo demás, Dios promete darnos cuanto le pedimos, pero no sabemos cuándo nos concederá esos bienes, y por eso hemos de perseverar en la oración continua. [39] «Es cierto que prosiguiendo nosotros en rogar y pedir, tarde o presto nos ha de conceder todo lo que no se opone a nuestra eterna salud; porque la promesa de Dios no puede faltar».<sup>1,251</sup>

–*Presencia de Dios.* La oración, como hemos dicho, sólo es auténtica si tiene a Dios presente.

En efecto, «no hay cosa que más ayude a hacer bien la oración mental o vocal que estar en la presencia de Dios, porque cuanto más nos acercamos nosotros a Dios nuestro primer principio y primer origen de toda perfección, tanto más perfectos nos hacemos: cuanto más nos apartamos de él con la mente y con el corazón, tanto más imperfectos y miserables somos. Una rama, para

que produzca su fruto, es menester que esté siempre unida a su tronco; porque el tronco es a la rama, como el alma al cuerpo, principio y causa de sus operaciones. Así para que el hombre cristiano produzca actos de perfección y frutos de vida eterna, es necesario que esté, cuanto más posible le fuere, unido a Dios con la mente, y le tenga presente con el pensamiento; porque él es la primera y principal causa de todo su espiritual adelantamiento». <sup>1,276</sup>

Muy importante es, pues, para la perfección cristiana *guardar siempre la presencia del Señor*. Así se lo enseña Dios a Abraham: «anda en mi presencia y sé perfecto» (Gén 17,1). Y también lo dice la Palabra divina por el profeta: «oh hombre, bien te ha sido declarado lo que es bueno y lo que de ti quiere Yavé: hacer justicia, amar el bien, y andar humilde en la presencia de tu Dios» (Miq 6,8).

De hecho, el que está íntimamente persuadido de que Dios ve todas sus acciones, se esforzará para evitar hasta el más leve pecado, no queriendo ofender la dignidad de la Majestad divina en modo alguno, ni con actos exteriores malos, ni tampoco con movimientos desordenados interiores. Por el contrario, intentará hacerlo todo con la máxima perfección. Procurará andar recogido y devoto, como corresponde a quien está siempre ante la Presencia divina trinitario. Y en esa Presencia gloriosa hallará la fuente continua de su fortaleza y energía para el combate espiritual. Por eso, este ejercicio de la presencia de Dios, bien practicado, mantiene el alma constantemente en espíritu de oración.

La presencia de Dios se capta en *actos de la fe*, ya que por ésta nos hacemos conscientes de que Dios está en medio de nosotros, y nos nos mira no tanto en lo que concierne a los movimientos corporales, sino a los movimientos internos de la mente y el corazón. El ejercicio de esta divina presencia puede actualizarse con la ayuda de alguna imaginación material y sensible

que represente vivamente a Dios, o bien imaginando su presencia como Sumo Bien, Suma Bondad y Suma Grandeza. La presencia de Dios formada así es más perfecta y más segura, pues no se mezcla en ella la fantasía. Pero aquella en la que se usa la imaginación es recomendable a los principiantes, pues aunque sea menos perfecta que la otra, les es muy útil y provechosa. <sup>1,166</sup>

### *Avisos al Director espiritual*

—Mucho debe insistir el Director en *la oración y la presencia de Dios*. Ésta ayudará mucho a evitar la menor falta deliberada, y a procurar agradar en todo al Señor. Las *jaculatorias* son oraciones muy provechosas para levantar frecuentemente el corazón a Dios, así como también el tener a la vista el Crucifijo o alguna otra imagen santa.

En los principiantes son frecuentes las recaídas en las mismas faltas. Y con ellas se desaniman fácilmente y se hacen pusilánimes. Por eso el Director ha de ayudarles a aprender a luchar contra los malos hábitos con el arma de la oración y la súplica, recordando las promesas de Cristo sobre la eficacia de la oración, que siempre es escuchada por Dios: «pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá, porque todo aquel que pide recibe» (Lc 11,9). Dios fallaría a sus promesas si no respondiera las súplicas que se le dirigen con fe y humildad, confianza y perseverancia. Por eso Jesús asegura a los apóstoles: «en verdad, en verdad os digo que todo lo que pidáis a mi Padre en mi Nombre, Él os lo concederá» (Jn 16,23).

### **La penitencia sacramental**

La búsqueda de la santidad, con el deseo de la perfección, la conformidad con la voluntad divina, la lectura espiritual y la guía de un Director, se ve grandemente ayudada por el sacramento de la penitencia.

Recordemos que la penitencia es una virtud sobrenatural, referida a la justicia, por la que el cristiano *detesta su pecado y hace firme propósito de evitarlo en el futuro*. Y la penitencia sacramental, ejercitada en la confesión frecuente, es un medio muy eficaz para purificar el corazón y crecer en el espíritu de Cristo. Es, precisamente, *la pureza del corazón* lo que permite entrar más adentro en la caridad divina.

«No da el Señor en esta vida el don de la perfecta caridad, sino a aquellas almas, que limpias de faltas, han llegado a ser en sus ojos puras, blancas e inmaculadas: y cuanto es mayor esta limpieza, tanto es más fino el oro de la caridad que les comunica».<sup>1,308</sup>

La pureza de corazón implica una *vigilancia cuidadosa* sobre las propias acciones, para no caer en más pecados. Pero si éstos se reproducen, ha de ejercitarse en un cuidado solícito por purificar el alma de las nuevas faltas cometidas. En efecto, «si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos y purificarnos de todas las iniquidades» (1Jn 1,9).

Por otra parte, si bien es cierto que los sacramentos obran con eficacia propia (*ex opere operato*), también es cierto que para producir su mayor fruto requieren las disposiciones buenas del sujeto (*ex opere operantis*). La disposición fundamental es en la penitencia sacramental *la contrición sincera*, juntamente con el firme *propósito de la enmienda*.

La verdadera contrición consigue así no sólo la remisión total de los pecados cometidos, sino también *el aumento de la gracia santificante*, que impulsa a ir más adelante en el camino de la perfección. Pero ha de ser una contrición sinceramente humilde, como la del publicano arrepentido de sus pecados (Lc 18,13). Y para merecer el perdón, ha de estar llena de fe y esperanza en Dios.<sup>1,316-323</sup>

Con la penitencia sacramental, el cristia-

no recobra las fuerzas perdidas por el pecado, y si éste le había alejado de Dios, retorna a Él nuevamente y consigue la paz interior.

### *Avisos al Director espiritual*

Scaramelli aconseja que el padre espiritual administre regularmente *el sacramento de la penitencia* a sus discípulos, inculcándoles siempre una sincera contrición, que ha de ser permanente (*STh* III, 83,1).

### **Examen de conciencia**

«El examen cotidiano de la conciencia suele ser practicado por aquellas personas que desean la pureza del corazón y el adelantamiento en la perfección».<sup>1,355</sup>

«Al fin del día, dice San Basilio, cumplidas ya todas las obras que pertenecen al cuerpo y al espíritu, debe cada uno, antes de echarse a dormir, examinar con ánimo atento la propia conciencia, para hallar todas las culpas cometidas en aquel día. San Efrén explica esto con la semejanza del negociante, el cual mañana y tarde ajusta sus cuentas, y porque desea que sus negociaciones caminen prósperamente, examina diligente cuál sea la ganancia y cuál la pérdida de su mercancía... Finalmente, concluye, hallando algún pecado o falta, lo debe borrar con el arrepentimiento y lavararlo con las lágrimas de la contrición».<sup>1,356</sup>

Así, en nuestro pequeño mundo de potencias y sentidos, cada uno debe rendir estricta cuenta diaria de sus acciones y omisiones. «Después corrija con un vivo arrepentimiento todo aquello que hallare desordenado y pecaminoso, y vuelva a ordenarlo todo con un resuelto y constante propósito de la enmienda».<sup>1,357</sup>

«San Gregorio dice que quien no examina cada día lo que hace, lo que dice y lo que piensa, *no está presente a sí mismo*; esto es, *vive a lo tonto*; y por consiguiente, vive totalmente olvidado de su perfección» (*Hom. 4 in Ezech.*). «San Ignacio de Loyola, no contento con examinarse dos veces al día, conforme a la enseñanza de los Padres antiguos, no dejaba pasar hora del día en que no se recogiese dentro de sí mismo, y averiguase

menudamente cuanto había dicho, pensado y obrado, arrepintiéndose de cualquier átomo de falta que descubriese... Y así hubo quien llegó a decir que la vida de Ignacio era un perpetuo examen de su conciencia». <sup>1,359</sup>

Es, pues, evidente que «*sin este examen de conciencia no se puede adquirir la perfección*; porque sin esta cotidiana averiguación no pueden arrancarse de nuestra alma los vicios, los pecados y las faltas a aque está inclinada, y tampoco pueden crecer las virtudes, y mucho menos puede brotar en nuestro corazón la hermosa flor de la divina caridad». <sup>1,363</sup>

Por otra parte, «examinándonos a menudo, no superficialmente, sino con cuidado y con espíritu interior de contrición, nos libremos del severo y riguroso juicio que se debe hacer de nosotros en el tribunal de Dios». <sup>1,366</sup>

El modo ignaciano de examinar la conciencia tiene cinco partes:

1ª.— La persona se pone en la presencia de Dios, y con un acto de fe y de adoración, le da gracias por todos los beneficios recibidos en ese día.

2ª.— Pide a Dios luz para conocer sus culpas y defectos. Petición muy necesaria, pues, como dice San Gregorio, «el amor propio nos lisonjea y nos oscurece los ojos de la mejnte, para que no veamos nuestras faltas, o no las miremos por entero y las tengamos por menores de lo que son» (*Hom. 4 in Ezech.*). <sup>1,370</sup>

3ª.— Hace diligente examen de cuantos pecados o imperfecciones haya cometido en ese día.

4ª.— Hágase el acto de dolor y contrición de las faltas cometidas. «Si hallas, dice San Juan Crisóstomo, que en el discurso del día has hecho alguna obra buena, rinde a Dios afectuosas gracias, porque es don suyo. Mas si encuentras culpas y pecados, bórralos con el arrepentimiento y las lágrimas» (*In*

*Psalm. 50 hom. 2*). <sup>1,372</sup> Y también, según aconsejan los santos, cuando en el examen la persona descubre alguna falta notable, «se imponga a sí misma alguna penitencia». <sup>1,373</sup> En efecto, «ha sido siempre costumbre de los siervos de Dios imponerse a sí mismos alguna mortificación para castigo y enmienda de los yerros cometidos». <sup>1,374</sup>

5ª.— Haga resolución de no ofender más a Dios. Y en esto «los propósitos deben descender a defectos particulares, para que sean provechosos». Más aún, «es menester también averiguar el origen de nuestras faltas, y cavar hasta lo profundo para hallar la raíz de donde nacen estos malos renuevos, a fin de arrancarlos del corazón. ¿De qué sirve sacudir las hojas o cortar las ramas del árbol infructuoso? Si no se arranca la raíz, de nada sirve, porque tornará en breve a reverdecer con toda su hojarasca, más lozano que antes. Así, poco sirven los propósitos, mientras no se corta la causa y el origen de donde nacen nuestros defectos». <sup>1,376</sup>

*El examen particular* constituye una práctica especialmente provechosa. Como «no es posible abatir de una vez todas las pasiones que reinan en nosotros», por eso dice Casiano, con muchos maestros de la vida espiritual, «debemos principalmente poner la mira en aquella pasión o vicio que más nos domina, resueltos a hacerle guerra con todas las fuerzas de nuestro espíritu». <sup>1,377</sup> Y «después que hubiéremos vencido una pasión, o nos hubiéremos enmendado de alguna falta, emprenderemos el vencer otra, y después otra. De esta manera, poco a poco, iremos subiendo a lo alto de la perfección». <sup>1,378</sup>

En cinco actos puede realizarse, según enseña San Ignacio en los *Ejercicios*, este examen particular:

1º.—Haga la persona por la mañana un propósito firme y fuerte de no caer en aquel

defecto del que quiere enmendarse.

2º.—Si cae en él durante el día, haga un acto de arrepentimiento. Los monjes antiguos acostumbraban «anotar los defectos luego que los cometían». <sup>1,380</sup>

3º.—Por la noche, al hacer el examen general del día que ha pasado, haga «examen especial de aquel defecto ha ha emprendido desarraigar con el examen particular». Y vaya anotando los resultados del examen en un librito. <sup>1,381</sup>

4º.—Pasadas algunas semanas, examine en sus anotaciones el número de las veces en que ha caído un día y otro, comparando unos con otros, y viendo si se enmienda, empeora o progresa. Y si adelanta, «dé gracias a Dios, tome ánimo y procure con mayor esfuerzo la total y perfecta enmienda. Pero si no hallare alguna mejora, piense en poner nuevos medios», más atención, más frecuentes súplicas y alguna penitencia corporal. <sup>1,382</sup>

5º.—«Impóngase a sí mismo alguna mortificación, en proporción a las caídas en que hubiera incurrido». <sup>1,383</sup>

### *Advertencias al Director*

Primera. Muestre el Director a sus dirigidos que la práctica del examen puede ser realizada por todos los cristianos de buena voluntad. Insístales en su necesidad: «ninguno debe eximirse», pues «es propiedad de todas las cosas humanas el irse siempre empeorando, y al fin, si no se restauran, reducirse a la nada». <sup>1,384</sup>

Segunda. «Es doctrina de los santos que este examen se haga dos veces al día, por la mañana y por la noche». Pero si la persona no puede fácilmente con ello, hágalo una vez por la noche, al terminar el día. Y aunque no lleve examen particular, trate al menos de descubrir las faltas más notables cometidas en el día.

Tercera. «El examen particular podrá aconsejarse a personas que, libres de las ataduras de pecados graves, comienzan a aspirar a la perfección, ya que éste es un medio muy eficaz para conseguirla». <sup>1,387</sup>

Y en las cuentas que el dirigido le ofrezca, procure el Director advertir cuál es su pasión dominante, «y haga que aplique a él primero el examen particular». Por otra parte, procure que el dirigido se aplique ante todo a corregir sus defectos exteriores, pues con frecuencia causan escándalo, y también «porque son más fáciles de enmendar que los defectos internos, los cuales están más radicados en el ánimo, y casi identificados con nosotros». <sup>1,587</sup>

Cuarta. Que el dirigido informe del examen particular. Señálele mortificaciones y penitencias apropiadas. En extremos, privele de la comunión

Quinta. Si advierte desánimo y desfallecimiento en ... por no avanzar y recaer, «desvanezca el director de sus corazones estas vanas sombras de timidez. Enséñelas a humillarse con paz y a no desanimarse cuando se ven frágiles, y a poner en Dios toda su esperanza... Hágales entender que, si bien debemos cooperar nosotros con todas nuestras industrias a la extirpación de nuestros defectos y a la victoria de nuestras pasiones, pero que todo esto ha de ser don de Dios, y ha de venir de sus benéficas manos: ni Dios hace tales gracias a quien se desanima y acobarda, sino solo a quien, desconfiando de sí, pone la confianza en Su Majestad». <sup>1,389</sup>

### **La eucaristía**

—*Eucaristía y perfección.* Cuando tratábamos del deseo de perfección, decíamos que la esencia de la perfección cristiana consiste en el santo amor, es decir, en participar de una manera cada vez más plena y perfecta en la vida divina, que se nos co-

munica por la gracia.

Pues bien, esta gracia brota del corazón de Cristo, que es su Fuente, donde reside en plenitud la gracia que se nos comunica por los sacramentos, y especialmente por la eucaristía, ya que en ésta se da Cristo a sí mismo como alimento de las almas. Asociándose íntimamente el cristiano a Cristo en la eucaristía, tiene así acceso a todos los tesoros de la santidad.

Por eso Santo Tomás afirma que la eucaristía es *el medio principal para alcanzar en la vida cristiana la perfección de la caridad*. Si el bautismo es el principio de la vida espiritual, y los otros sacramentos la defienden y acrecientan, ningún sacramento tiene una eficacia santificadora comparable a la eucaristía, pues en la comunión se recibe no sólomente la gracia, sino la Fuente misma de donde brota (*STh* III, 33,3).

La eucaristía, sigue diciendo Santo Tomás, viene a ser *la consumación de la vida espiritual*, y recibida con frecuencia y piedad, es el medio principal para el perfeccionamiento de las almas. Si nuestra perfección substancial consiste en unírnos con nuestro último fin, eso significa que el hombre es perfecto en la medida en que esté íntimamente unido con su Dios, que es el fin para el que ha sido creado. Y tanto más es perfecto cuanto más estrechamente se une con Él por el vínculo de la caridad. Ahora bien, éste es el efecto propio del sacramento de la eucaristía (*STh* ib.).

Y así como el sacramento del bautismo se llama *sacramento de la fe*, virtud fundamental del cristiano, en el que halla principio la vida espiritual, la eucaristía se dice *sacramento de la caridad*, a través del cual, uniéndose el alma con Dios por el amor, se da la consumación de la vida espiritual, que por el sacramento se va transformando (*STh* III, 75,1).

–*Disposiciones para la comunión*. El cristiano ha de *realizar la comunión eucarística en las disposiciones debidas*. En primer lugar, ha de estar en gracia de Dios. Y en segundo lugar, ha de ir a ella lleno de devoción, porque de otra manera no podría recibir de esa unión con Jesús los frutos copiosos de la perfección. Ha de llevar, pues, en su corazón una fe viva, una profunda humildad, y un hambre y sed sinceros de comulgar.<sup>1,411-413</sup> La fe viva, concretamente, como vemos en los Evangelios, es la condición indispensable que Cristo exige antes de conceder cualquier gracia, aunque sea material (+Mt 8,8; Mc 10,51).

–*Efectos*. Recibiendo así a Cristo en este sacramento, crecen en el alma las disposiciones saludables, que son a su vez efectos santos producidos por la misma eucaristía. «Si en la santísima eucaristía íntimamente nos unimos con el cuerpo, y con el espíritu Jesucristo, que es nuestra verdadera vida, como hasta ahora he mostrado; se sigue luego, que de comer frecuentemente este divino manjar, debemos transfundir en nosotros los efectos de una perfecta vida espiritual».<sup>1,397</sup>

Cuatro son los efectos propios de la eucaristía: *fortalece* el alma, la *libera* de sus contrarios, *acrecienta* en ella la gracia y le causa *gozo*.<sup>1,387</sup> Por tanto, la eucaristía *repara* las ofensas cometidas contra el Señor y es *alimento* que nos estimula a ir siempre adelante, hasta el fin de nuestra peregrinación. Por eso ella es, sin duda, el *centro* de toda la vida cristiana.

#### *Avisos al Director espiritual*

También debe estar atento a que los dirigidos, *al participar en la eucaristía*, tengan siempre las condiciones necesarias, de modo que nunca se acerquen a ella si están en pecado mortal.<sup>1,340-343</sup>

## La devoción a la Santísima Virgen María

Santo Tomás dice que «la palabra *devoción* proviene de la forma verbal *devovere* (sacrificar); ... y no es otra cosa que una voluntad propia de entregarse a todo lo que pertenece al servicio de Dios (*STh* II-II, 82,1).

También en el ámbito humano se da, en forma análoga, una devoción, que puede dirigirse a los santos, o que incluso puede darse en los súbditos hacia los señores, como aquellos judíos que, declarando su devoción a los romanos, decían: «no tenemos otro rey que el César» (*Jn* 19,15) (+II-II, 82,2).

Pues bien, entre las devociones a los santos, sobresale especialísimamente la devoción a la Virgen María, como muestra Scaramelli en tres pasos.

### -1. *La devoción a la Virgen es efficacísima y necesaria*

«De esta devoción yo no temo nada en afirmar que es un *medio efficacísimo*, antes bien de ley ordinaria *necesario*, no sólo para salvarse viviendo cristianamente, sino también para hacer grandes progresos en la perfección cristiana. Porque aquellas mismas razones con que nos enseñan los santos, que la devoción a la Reina de los cielos es medio efficacísimo para conseguir la salud eterna, muestran evidentemente que es medio poderosísimo para conseguirla con perfección; quiero decir, con grande aumento de gracia y de caridad, y con grande ensalzamiento en la gloria celestial».<sup>1,445</sup>

La devoción a la Virgen María, en este sentido, es una *señal cierta de destinación a la visión beatífica*. Por eso la Iglesia, en su liturgia, aplica a María aquellas palabras de la Escritura sagrada: «El que me halla, ha hallado la vida, ha logrado el favor de Yavé» (*Prov* 8,35).

En efecto, «quien me halla por medio de una sincera devoción, dice la Santísima Virgen, no en-

cuentra deleites y placeres viles; sino que halla la vida de la gracia, que es un tesoro inestimable; halla la gloria del paraíso, que es un placer inmortal».<sup>1,447</sup>

En este sentido dice San Atanasio: «Más se debe a María que a Eva el nombre de *Madre de los vivientes* [*Gén* 3,20], porque si aquella primera madre nuestra infeliz recibió un bello título por habernos dado una vida frágil, mucho más se debe dar tan ilustre nombre a María, nueva Eva, y nuestra afortunadísima Mdre, que alcanza a sus devotos la vida nobilísima de la gracia, y la vida felicísima de la gloria; y es para ellos prenda segura de predestinación a la vida eterna» (*Sermo in Annuntiationem Dei-paræ*)<sup>1,447</sup>

Por consiguiente, María, nuestra Madre, procura la vida de la gracia y de la gloria a quien la honra con filial afecto. Y así podemos decir que es imposible que se condene aquel cristiano que vive bajo la protección de María y que tiene siempre sus ojos puestos en ella.<sup>1,448</sup>

### -2. *Razones de la eficacia de esta devoción a la Virgen*

Haciendo suya la enseñanza de los santos, da Scarmelli dos razones principales para explicar la eficacia excelsa de la devoción a María:

«La primera es que la Virgen Santísima *puede conseguir* de Dios toda la gracia que mire a nuestra salud eterna. La segunda, que la Virgen *quiere, en efecto, conseguir* las tales gracias a sus devotos. Puestos estos dos puntos, no puede quedar duda alguna de que la devoción a la gran Madre de Dios sea medio efficacísimo para la salvación, y casi aquel viento próspero y favorable que nos conduce al puerto a gozar de nuestro eterno descanso».<sup>1,451</sup>

Por medio de María, Dios nos concede todas las gracias que le pedimos. Y en esto existe una diferencia muy importante entre la intercesión de María y la de los santos, en general.

«Ésta es la diferencia que hay entre el patrocinio de los Santos y el de su Reina, que los ruegos de aquéllos se apoyan sólo en la misericordia y bondad de Dios, sumamente inclinado a favorecerlos. Pero los ruegos de María se fundan además de eso en un cierto derecho, que ella tiene en sí misma de alcanzar lo que pide; porque siendo Madre de Dios, parece, que casi de justicia le deba su divino Hijo conceder todo lo que pide a favor de sus devotos». <sup>1,452</sup>

Es la ya tradicional doctrina, expuesta tan felizmente por San Bernardo en aquel famoso sermón *del acueducto*: «Con todas las fuerzas de nuestro corazón, con nuestros más vivos sentimientos y anhelos, veneremos a María, porque es voluntad del Señor que todo lo recibamos por María... Busquemos la gracia y busquémosla por María, porque ella encuentra siempre lo que busca y jamás decepciona» (*En la natividad de María 7-8*).

María, por otra parte, siendo Madre de todos, no pido sólo a su querido Hijo por aquéllos que son sus devotos, sino que siendo Madre de todos los creyentes, a todos los tiene presentes en sus súplicas, sobre todo a los más necesitados de su ayuda, es decir, a los que caminan lejos de Cristo.

«La Virgen ayuda de hecho en la presente vida a todos sus devotos, así buenos como malos, con tal que siendo malos, tengan voluntad de enmendarse y de ser buenos. Ayuda a los buenos, conservándolos en la gracia. Ayuda a los malos, reduciéndolos misericordiosamente a la gracia. Ayuda a todos unos y a los otros en la hora de la muerte, con defenderlos de las tramas y asechanzas de los enemigos infernales. Y a unos y a los otros ayuda después de la muerte, acogiendo sus espíritus en la patria celestial». <sup>1,455</sup>

Una vez más, es la misma enseñanza de San Bernardo, en el sermón que hemos citado: «¿Quieres contar con un abogado ante Él? Recurre a María. María es la humanidad totalmente pura, no sólo por carecer de toda mancha, sino por tener una sola naturaleza. Y no tengo la menor duda en afirmar que también será escuchada por su reverencia. El Hijo atenderá a la Madre, y el Padre al Hijo. Hijos míos, ella es la escala de los pecadores, ella el gran motivo de mi confianza, ella el

fundamento inmovible de mi esperanza» (*ib.* 7).

Todas estas verdades nos muestran que, efectivamente, la devoción a María Santísima es uno de los medios más poderosos y seguros que tenemos para alcanzar la salvación y la perfección evangélica. De ahí la importancia de que vivamos siempre bajo el amparo de la Madre de todas las gracias.

### –3. Medios para acrecentar la devoción a la Virgen

«Dos cosas nos hacen devotos para con los personajes de la tierra, y pronto para hacerles todo acto de servicio y obsequio: la primera, *la estimación* que tenemos de sus méritos; y la segunda, *el amor* que tenemos a sus personas. Y éstos son puntualmente los dos motivos que hacen pronta a nuestra voluntad para obsequiar a la Reina de los cielos, y por consiguiente la hacen devota de María. Ahora, pues, así como para encender un leño u otra materia combustible, no hay otro modo que arrimarla al fuego, así para encender nuestra voluntad en aquella devoción para con la Virgen que la hace fácil para honrarla, no hay otro modo que acercarla a menudo, por medio de la meditación o lectura sagrada, aquellos motivos que son más aptos para engendrar en ella una gran estima, un tierno amor para con tan gran Señora». <sup>1,478</sup>

Ahora bien, *los motivos* más aptos para encender en nosotros una gran estima para con María, y que siempre hemos de tener presentes, son éstos:

–El alto puesto que Ella tiene en el cielo, como Reina de los ángeles y Emperatriz del mundo.

–La plenitud de su gracia y la alteza de su gloria.

–Su admirable limpieza de toda mancha actual y original.

–Su prodigiosa virginidad y otras mil dotes y prerrogativas suyas.

Todos estos aspectos, frecuentemente meditados, ayudan a crecer en la devoción a la Virgen, y junto a ellos, «no es menos eficaz motivo para despertar afectos de amor y devoción con María, la certeza que tiene de salvarse, y aun de salvarse con perfección, cualquiera que, tributándole devotos obsequios, merece su protección». <sup>1,480</sup>

La Virgen María se nos muestra así, en palabras de San Agustín, como una escala preciosa que une la tierra con el cielo: «La Virgen es una escala para la cual Dios baja del cielo a la tierra, y por la cual los hombres han de subir de la tierra al cielo» (*Sermo de Nativitate*). <sup>1,480</sup>

María Santísima puede conseguirnos todo lo que ayude a nuestra perfección cristiana. Tenerle devoción es señal de predestinación. Y esa devoción consiste en mantenerse lejos del pecado, y en ofrecerle frecuentes obsequios internos y externos. <sup>1,468</sup>

—*Avisos al Director*

En la formación espiritual de los cristianos y en su impulso hacia la perfección es sumamente importante que arraiguen bien en la devoción a la Virgen María. Y a ello debe dedicar el Director una atención cuidadosa.

«Si desea el Director que estos actos de recurso a la Santísima Virgen sean eficaces para quitar los defectos y para introducir las virtudes, procure que vayan unidos con *una grande confianza*, semejante a aquella que un hijuelo tiene en su madre, de quien sabe que es amado tiernamente; porque, fuera del grande ánimo que de esta esperanza recibirá la persona para combatir varonilmente y obrar con valor, tendrán mayor fuerza los ruegos para alcanzar de la Virgen el socorro, no habiendo cosa que tenga más eficacia para ganar el corazón de Dios y de su Madre que la viva fe». <sup>1,488</sup>

## 2

# Obstáculos para la perfección cristiana

Veamos ahora los impedimentos y obstáculos que el cristiano encuentra normalmente en el camino de la perfección, fijándonos especialmente en las pasiones desordenadas y no mortificadas, el amor a las riquezas, las impugnaciones de los demonios y los escrúpulos.

Esta capítulo afecta en modo especial a los principiantes, pero también a los adelantados, pues mientras vivimos en este mundo, todos nos encontramos en campo de batalla.

## Las pasiones desordenadas y no mortificadas

Las pasiones son el movimiento del apetito sensitivo, nacido de la aprehensión del bien o del mal sensible, con un reflejo, más o menos intenso, en el organismo corporal (+*STh* I-II, 22-48).

—El apetito *concupiscible* tiende a buscar el bien sensible y deleitable, y a huir del mal que lo puede perjudicar. En la concupiscencia, como tendencia al bien que nos atrae, se distinguen tres pasiones: el *amor* del bien sensible, presente o ausente; el *deseo* del bien ausente, y el *gozo* del

bien presente. Y en cuanto al mal que se ha de evitar, existe en la concupiscencia el odio, la aversión y la tristeza.

—El apetito *irascible*, por su parte, tiende a vencer los obstáculos que dificultan la consecución de un bien sensible. Hay en él dos pasiones en cuanto al bien difícil de conseguir: la *esperanza* y la *desesperación*. Y en relación al mal que se quiere rechazar, la *audacia*, el *temor* y también la *ira*, cuando se trata de un mal presente del que se busca venganza.

Pues bien, todas estas pasiones en sí no son moralmente ni buenas ni malas. Son buenas, cuando está ordenadas por la recta razón, y malas, si les falta esta regulación.  
II,220

En todo caso, es cierto que de las pasiones desordenadas nacen muchos vicios, que con frecuencia causan la ruina de las almas. Pero eso el cristiano habrá de *vencer las pasiones y ordenarlas mediante las mortificaciones*.

Ésa es la norma de San Pablo: «los que son de Cristo crucifican su carne con sus pasiones y apetitos» (Gál 5,24). En efecto, ya desde las promesas del bautismo estamos obligados a ejercitarnos en la mortificación: una vez renacidos por el bautismo, ya «no somos deudores a la carne de vivir según la carne, que si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis» (Rm 8,12-13). Según esto, «no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, obedeciendo a sus concupiscencias» (6,12).

Las pasiones, en efecto, han de ser mortificadas, ya que *debilitan nuestro amor a Dios y al prójimo*.

«Quien quiere arder en las llamas del divino amor, que consumiendo dulcemente el alma la hacen perfecta; es necesario que arda antes largamente en el fuego de la mortificación, y que deponga primero en este los despojos de sus vicios, consuma los malos humores de sus desregladas pasiones, y abrase, reduzca a cenizas, y destruya cuanto le fuere posible todas sus perversas inclinaciones».<sup>II,229</sup>

Ésta es la doctrina de Jesucristo y de sus apóstoles: «quien no tome su cruz para seguirme, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,27). «Yo corro no como a la ventura; y luto no como quien azota el aire, sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo sido heraldo para los otros, resulte yo descalificado» (1Cor 9,26-27).

*Esta lucha contra las pasiones desordenadas ha de ser continua*, porque, estando ellas en nosotros, nunca dejan de darnos guerra, y basta que relajemos nuestra lucha para que seamos vencidos<sup>II,229</sup>. Advierte San Gregorio que en la lucha contra la violencia de las pasiones no hay que ser cobardes, sino que es preciso confiar en Dios y luchar varonilmente, porque con la ayuda de la gracia es segura la victoria (*Moralia* 14,7).

La lucha para moderar y dominar sobre la violencia de los movimientos pasionales suele ser larga, y *exige perseverancia*. En este sentido, advierte San Bernardo: «creedme, hermanos, que las pasiones podadas, resurgen; desterradas, tornan a acender; adormecidas, vuelven a despertarse. Estar las pasiones mortificadas significa que están enflaquecidas y debilitadas, y que han perdido el vigor que tenían; y así su movimiento es más raro y lento, y sus impulsos más leves, menos incómodos y violentos, de modo que el hombre espiritual puede vencerlos con más prontitud y facilidad» (*Serm. Cant.* 58,10).

*Algunas normas pueden ayudar en la lucha para mortificar y moderar las pasiones:*

—En primer lugar, el hombre espiritual debe *conocer cuál es su pasión predominante*, aquella que con más frecuencia le lleva a cometer pecados. Y una vez conocido su peor vicio, debe determinarse con toda la fuerza de su voluntad a contrariar sus movimientos desordenados.

—En segundo lugar, *es preciso combatir*

el impulso de las pasiones en cuanto nacen, y apagar su fuego en el momento en que se enciende, porque si se les deja crecer, cobran fuerza y después será difícil vencerlas. En efecto, «para alcanzar victoria de las pasiones con la mortificación, es la de reprimirlas al punto que nacen, y apagarlas luego que se encienden en nuestro ánimo; porque dejándolas crecer, cobraron tanto vigor que nos será después moralmente imposible en vencerlas». <sup>II,239-240</sup>

Si todo pecado que se produce en el hombre es fruto de una desorientación del amor, ya se entiende que el trabajo fundamental de quien desea una vida perfecta será *orientar rectamente su amor*. Ya hemos dicho que las pasiones no son buenas ni males, y por tanto no debe ser *extirpadas*; pero mediante frecuentes mortificaciones, han de ser *moderadas y ordenadas* por la recta razón iluminada por la fe.

### El amor a las riquezas

El amor excesivo a las riquezas es otro de los obstáculos principales en el camino de la perfección evangélica. Y así lo repiten los santos Padres, fieles a la Escritura. Según San Agustín, el amor desordenado a las riquezas constituye un gran veneno para la caridad, y por tanto, arruina la perfección, ya que desapareciendo la caridad, se viene abajo también el edificio de la perfección (*De div. quæst.* 36,1).

El amor de las riquezas contraría tanto la vida y el crecimiento de la caridad porque, de hecho, 1º lleva consigo muchas *preocupaciones* para conseguirlas y conservarlas; 2º implica un *temor* grande a perderlas; y 3º ocasiona grandes *tristezas* cuando se pierden. Y todas éstas son agitaciones turbulentas y penosas, que no pueden convivir con el ejercicio de la caridad y de las virtudes. <sup>II,259</sup> El amor a las riquezas, como una y otra vez advierte la Escritura sagrada,

quita la paz interior del alma, se opone a la perfección, y pone en peligro la felicidad eterna:

«El que ama el oro no estará exento de pecado, y el que se va tras el dinero pecará por conseguirlo. Muchos dieron en la ruina por amor del oro, y cayeron en la desgracia. El oro es una trampa para el negocio, y el insensato cae en ella. Dichoso el varón irreprochable, que no corre tras el oro» (Ecl 31,5-8). «Los que quieren enriquecerse caen en tentaciones, en lazos y en muchas codicias locas y perniciosas, que hunden a los hombres en la perdición y en la ruina; porque la raíz de todos los males es la avaricia, y muchos, por dejarse llevar de ella, se extravían en la fe y a sí mismos se atormentan con muchos dolores» (1 Tim 6,9-10).

Es, pues, necesario para la perfección *despegarse totalmente del amor a las riquezas y lograr la indiferencia ante los bienes*. Esto es, justamente, lo que hace posible *el espíritu de pobreza*, aconsejado por Cristo y por los santos.

Por eso «la privación de la hacienda, del dinero, y de cualquier otro bien de fortuna es la piedra de toque para conocer si el corazón del hombre está o no pegado a ellos; y por consiguiente si goza o no de la pobreza de espíritu». <sup>II,280</sup>

### Las impugnaciones de los demonios

Es preciso despertar las almas para el combate contra el demonio. «¡Sed sobrios y vigilad!, pues el diablo, vuestro adversario, anda al rededor de vosotros, como león rugiente, buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe» (1Pe 5,8-9).

Los cristianos que procuran mantenerse fieles a Dios son *frecuentemente tentados por los demonios*, porque éstos les tienen mucho odio al verles amigos de Dios. «Es menester tener siempre fija la mente en esta grande verdad, que el demonio es un enemigo implacable, que jamás hace paces, ni deja de molestar jamás a las almas fieles a Dios». <sup>II,372</sup>

En efecto, los que aman a Dios sufren estas impugnaciones diabólicas, pero si Él

permite estas tentaciones en sus hijos es procurando por su gracia un fin santo. Él no tienta a nadie, como dice la Escritura: «Ninguno diga al ser tentado: es Dios quien me tienta. Dios no tienta a nadie. Cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que lo atrae y seduce» (Sant 1, 13-14).

—Si Dios permite estas tentaciones es *para probar la fidelidad* de sus siervos. Y así, «hallándose un alma combatida por todas partes de los demonios, con los fieros golpes de pésimas tentaciones, no debe entristecerse, sino consolarse, tomando aquellos asaltos diabólicos como señales claras del amor que Dios le tiene. No debe desmayar, sino animarse a pelear, para salir fiel en la pueba que Dios quiere hacer de ella»<sup>11,377</sup>.

—Por otra parte, si Dios permite las tentaciones es *para que se afirmen las virtudes*, que no se desarrollan sin lucha. Luchando contra las tentaciones y resistiéndolas, el alma se fortalece grandemente. Por eso, aquel que no pasó por la tentación, nada sabe de sí mismo, porque es en las tentaciones donde el hombre conoce su propia debilidad, descubre su miseria, y experimenta en sí mismo la misericordia de Dios y la fuerza de su gracia.<sup>11,378-381</sup>

Recordemos *los medios principales* para luchar contra las tentaciones y vencerlas:

1º.— La tentación debe ser *rechazada inmediatamente*, sin entrar en diálogo con ella. «Nadie sea la persona perezosa, no sea lenta en resistir a las sugerencias del enemigo, porque de otra suerte se hallará en gran peligro de consentirlas».<sup>11,390</sup>

2º.— Con toda prontitud, *hay que recurrir a Dios por la oración*. Es éste el modo fundamental de rechazar con prontitud la tentación. Y el más recomendado por Jesús y sus discípulos: «vigilad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca» (Mc 14,38).

3º.— *Hay que poner la confianza sólo en Dios*, que promete guardar a todos aquellos que en Él pongan su esperanza: «se puso junto a Mí, y lo libraré; lo protegeré porque conoce mi Nombre» (Sal 91, 14).<sup>11,394</sup>

## Los escrúpulos

Otro obstáculo posible en el camino de la perfección son *los escrúpulos*, una de las enfermedades psíquicas y morales más atormentadoras, pues produce un profundo trastorno en la conciencia, haciendo que la persona vea en su vida pecados en realidad inexistentes, o que exagere la gravedad de los mismos sin fundamento objetivo real.

En este sentido, los escrúpulos no son delicadeza de conciencia a la hora de evitar el pecado, sino más bien aprensiones infundadas y morbosos temores ansiosos.

«Así el escrupuloso, por aprehensiones mal fundadas, por sospechas vanas de que haya pecado grave en ésta y aquella acción de suyo lícita y honesta, se llena de temores, de ansias, de angustias y de turbaciones, y vencido de la interior agitación del ánimo, no obedece más al confesor que le gobierna, ni a las personas doctas que le aconsejan, ni a los amigos que le reprenden: y así por el miedo de un pecado aparente, se mete en peligro de incurrir en pecados verdaderos, y aun si su mal se adelanta mucho, de caer en un precipicio».<sup>11,422</sup>

El escrúpulo es a veces una especie de *depresión neurótica*, que impida una justa apreciación de las cosas morales. Otras veces el escrupuloso tiene *una falsa imagen de Dios*, a quien imagina como un juez no sólomente severo, sino implacable. Muy otra cosa es la conciencia delicada, por la que el hombre ama a Dios con fervor y pretende agradecerle en todo, evitando hasta las más pequeñas faltas. Por el contrario, hay en el escrupuloso un cierto egoísmo, que le lleva a desear excesivamente una certeza y seguridad de encontrarse en estado de gracia.

Causa de los escrúpulos puede ser *una naturaleza melancólica*, inclinada al temor y a la pusilanimidad. Cuando estos sentimientos se apoderan de la conciencia del hombre, entra fácilmente en un abismo de temores, pierde la paz y vive en continuo tormento y angustia.<sup>II,424</sup>

Causa de ellos *puede ser también el demonio*, que procura introducir en el alma una desesperación de la misericordia divina. Propio de la acción diabólica engañosa es ofuscar el entendimiento con sus falsedades, suscitando en el alma falsas aprehensiones de pecado, sentimientos de angustia, amargura e inquietud, y abrumando a la persona humana de tal modo que el camino del Señor se le hace insoportable.<sup>II,426</sup>

Los escrúpulos son, sin duda, *un grave obstáculo en el camino de la perfección*, pues, apoderándose del alma, sofocan en ella los buenos pensamientos, las inspiraciones santas, trabando el libre ejercicio de muchas virtudes.

Una vez más, y en forma muy especial en los escrúpulos, *es la oración el remedio para todos estos males*. Por eso, quien se encuentra envuelto en estas oscuridades pida a Dios la luz con toda esperanza y perseverancia, a fin de llegar a discernir con claridad el mal del bien, el mal de lo que no es mal.<sup>II,441</sup>

«La raíz de que han de brotar todas las ramas de la perfección cristiana, es sin duda *la oración*; porque ésta es la que da la divina luz, por la cual conocemos el mérito que tiene Dios para ser amado, y nos inflamamos en su divino amor. Y esta raíz fecunda de todo bien espiritual puntualmente *seca del todo los escrúpulos* con sus turbaciones»<sup>II,434</sup>.

### Avisos al Director espiritual

El Director, sin amedrentarse ante los obstáculos que halla el dirigido, debe animarle una y otra vez a vencerlos con el *deseo* de perfección, la *conformidad* con la

voluntad divina, la *oración* y la *presencia de Dios*, la *lectura* de libros santos, la *dirección* espiritual y la frecuencia de los *sacramentos*. Es ahí donde más se recibe la gracia de Dios, capaz de vencer todos los obstáculos.

«Son muchas las almas que profesan piedad, y aspiran a la perfección cristiana; pero son pocas las que la alcanzan aun en grado mediano. La razón de esto no es otra, sino porque son pocas aquellas personas que atienden de veras a *la mortificación de su interior*, y al abatimiento de sus pasiones».<sup>II,250</sup>

El Director debe estar atento a los movimientos espirituales de quienes se le han confiado, para conocer bien *sus pasiones predominantes*, y para advertirles, buscando los momentos adecuados, señalándoles los remedios convenientes.

Si, por ejemplo, descubre el Director en el discípulo trazas de orgullo, ejercítelo en cosas humildes –servicio a enfermos, ancianos, trabajos corporales, etc.–, pues después de la humillación del cuerpo, viene generalmente la humildad del corazón. Y con ello, insista en la necesidad de mortificaciones, pues si éstas faltan, es prácticamente imposible obtener progresos espirituales.<sup>II,252</sup>

Muchas veces apreciará el Director en el discípulo un cierto *amor desordenado a las riquezas*. Recuérdele, entonces, la parábola de aquel rico insensato, que tenía puestas sus esperanzas ante todo en sus posesiones (Lc 12,31-21). Y principalmente, aconséjele meditar en la pobreza del Divino Maestro, que nace, vive y muere pobre (Mt 8,20).<sup>II,286-287</sup>

En cuanto a las *tentaciones de escrúpulos*, tenga el Padre espiritual mucha paciencia y ternura con sus dirigidos, y así dándoles una imagen viva del Buen Dios, habrá de ayudarles a salir de su enfermedad. Anímeles, al mismo tiempo, a que no dejen de recurrir a sus prácticas habituales de ora-

ción, penitencias y mortificaciones. Y como los escrupulosos necesitan también mucha paciencia, sea el Director con ellos muy prudente, animándolos con caridad.

### 3

## Las virtudes morales, disposiciones próximas a la perfección

Para ir adelante hacia la perfección, junto a todos los medios internos y externos ya señalados, es ciertamente necesario el ejercicio intenso de *las virtudes morales*, que vienen a ser disposiciones próximas para la santidad. Ellas, en efecto, preparan y abren el corazón, de modo que pueda arder cada vez más en el fuego del amor de Dios y del prójimo.

Y entre las virtudes morales hay que destacar las cardinales: prudencia y justicia, fortaleza y templanza. La *prudencia*, dirigiendo la razón a la luz de la fe, ha de gobernar los actos de todas las virtudes. La *justicia*, regulando las relaciones del hombre con Dios y con los otros hombres, es también virtud fundamental. También principales y necesarias son, sin duda, la *fortaleza* y la *templanza*:

En efecto, «los impedimentos que apartan la razón de la senda de la rectitud, son dos: el prime-

ro son las cosas *difícultosas* que la espantan; y el segundo las cosas *deleitables* que la pervierten. Por lo cual tiene nuestra razón necesidad de dos virtudes fundamentales que la hagan firme y constante contra las cosas árduas y dificultosas; y que la refrenen de los atractivos de las cosas agradables».<sup>III,86</sup>

### La prudencia

San Agustín enseña que la prudencia es el conocimiento de las cosas buenas, malas o indiferentes. Es, pues, *una ciencia de lo que se debe querer y de lo que hay que evitar o rehuir*. Afecta a la memoria, a la inteligencia y a la providencia del hombre. Por la *memoria*, la persona evoca prudentemente los actos ya realizados; por la *inteligencia*, entiende las circunstancias de la situación presente; y por la *providencia*, conoce o prevé lo que va a suceder, antes de que ocurra (*De div. quaest.* 36,1).

La prudencia es, pues, *una virtud del entendimiento*, que muestra lo que debe hacerse u omitirse en cualquier asunto o acción particular. Es así como el acto virtuoso, bajo la guía de la prudencia, se realiza con la debida perfección. Y así es como la prudencia ha de gobernar el ejercicio de todas las virtudes.<sup>III,10-11</sup>

—*Partes de la prudencia*. Tres partes aprecia también Santo Tomás en la virtud de la prudencia. Por el *consejo* el hombre discierne los medios más adecuados para realizar con perfección cierta obra. Por el *juicio* aprecia rectamente los medios hallados, considerándolos apropiados en las circunstancias presentes. Y finalmente, la *ejecución* de la obra, en el modo elegido, vendrá decidida por la razón práctica (*STh* II,II,47,8).

«La prudencia entonces, obrando conforme sus leyes, comenzará a buscar los medios idóneos a la reducción áspera o amorosa: o sino conducirla con destreza a oír los sermones, o a leer algún libro devoto, o a confersarse con algún docto y zeloso sacerdote».<sup>III,11</sup>

–*Consejo*. En el prudente consejo actúa la *memoria* del pasado, recordando los fracasos y éxitos producidos en análogas circunstancias. *Experientia magistra vitæ*. Y actúa también la *inteligencia*, que a la luz de la fe discierne si una acción concreta es lícita o ilícita, conveniente o no<sup>III,14</sup>.

Así enseña San Ambrosio: «El hombre santo y prudente, antes de hablar, considera lo que tiene que decir, a quién ha de decirlo, en qué lugar y en qué momento. Y recordando el resultado feliz o infeliz producido en otras ocasiones por palabras semejantes, elige aquellas que entiende más proporcionadas al fin pretendido» (*De officiis ministrorum* 1,10).

También es parte integrante del consejo prudente la *docilidad*, ya que por ella, pedimos o aceptamos el consejo de personas sabias y experimentadas, para hallar los medios más convenientes a un cierto fin.

«El Espíritu Santo nos amonesta frecuentemente en las Sagradas Letras, que no nos fiemos de nuestra prudencia, sino que seamos dóciles en tomar los consejos de otros». <sup>III,14</sup> Por eso dice el Apóstol: «no seáis prudentes a vuestros propios ojos» (Rom 12,16).

–*Juicio*. Es competencia del juicio determinar especulativamente cuál es el medio más adecuado para conseguir cierto fin. No siempre el medio que a primera vista parece más idóneo es en la práctica el más oportuno. Quizá otro, aparentemente menos apto, es el que debe ser elegido. Es la luz de la fe la que debe iluminar la formación de un juicio recto y prudente en los casos particulares. <sup>III,19</sup>

–*Ejecución*. El mandato ejecutivo, que procede de la razón práctica, debe tener *circunspección*, es decir, consideración justa de todas las circunstancias que deben ser tenidas en cuenta <sup>III,21-22</sup>, y también *cautela* o precaución contra los impedimentos extrínsecos que pudieran ser obstáculo o comprometer el éxito de la empresa.

La prudencia sobrenatural es, pues, una

*altísima virtud moral*, ya que a la luz de la fe, ayuda a elegir aquellas acciones humanas que conducen a la unión con Dios y al gozo de la eterna bienaventuranza.

–*Vicios opuestos*. Ahora bien, como sabemos, todas las virtudes tienen vicios opuestos. Y en este sentido el cristiano que busca la perfección ha de evitar siempre la *imprudencia*, en la que puede caerse por dos vertientes principales:

–*Por defecto*. La *precipitación*, la prisa, es contraria al consejo prudente, y lleva a acciones desatinadas. Igualmente, la *inconsideración*, contraria al juicio, produce actos imprudentes, no suficientemente meditados. Y tanto la *inconstancia* como la *negligencia* son contrarias al juicio práctico ejecutivo, de modo que la persona, por motivos frívolos y sin causa justa, no se atiende a lo que rectamente había juzgado oportuno. <sup>III,23-24</sup>

–*Por exceso* puede ofenderse a la prudencia de cinco formas. La *astucia*, lo mismo que el *fraude*, es una prudencia de la carne, que falsifica la verdadera prudencia. El *dolo* es la astucia practicada principalmente con las palabras: «el dolo es una ejecución de la astucia, que pone por obra aquellos medios ocultos que ha premeditado ésta; y estos medios consisten en palabras falsas, y en obras engañosas» <sup>III,21</sup>. A su vez, la *solicitud* desordenada de las cosas temporales o futuras «consiste en una ocupación excesiva del ánimo en acumular o conservar los bienes terrenos. Ésta nace de un afecto desmedido a los bienes caducos de la tierra, y de un temor demasiado de perderlos. La solicitud de las cosas futuras, es una ocupación excesiva del ánimo acerca de las cosas que han de suceder, junta con una ansia y poca confianza en la divina providencia». <sup>III,22</sup>

De lo dicho se infiere la *primacía de la virtud de la prudencia* en la búsqueda de

la perfección cristiana. Así lo enseña Jesús: «os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como palomas» (Mt 10,16). Para San Bernardo, viene a ser lo mismo decir de un hombre que es prudente o que es virtuoso, o decir que es imprudente y calificarle de imperfecto o vicioso (*Serm. Cant.* 49,5).

«San Ambrosio justamente la compara a una fuente limpia; porque así como ésta con sus aguas puras da nutrimento a las plantas, y hermosura a las flores, así la prudencia con sus puros consejos y sabias determinaciones da a todas las flores de las virtudes morales cuanto tienen de hermosura y precio» (*De officiis ministrorum*, 1, 27).<sup>III, 24</sup>

Sin la prudencia, en efecto, todas las virtudes se ejercitan defectuosamente, y a veces causando daños y perjuicios. Con ella, en cambio, todas orientan y sirven adecuadamente al fin pretendido: la perfecta unión con Dios y con el prójimo por la caridad.

–*Medios para adquirir prudencia.* La misma sagrada Escritura, alabando siempre la prudencia, enseña los medios para crecer en ella:

–*La oración de súplica a Dios, fuente de la prudencia,* como Él mismo nos enseña: «a mí me pertenece el consejo y la equidad, la prudencia y la fortaleza» (Prov 8,13). A Dios, pues, hay que pedir esta gran virtud. Y sólomente a su luz será posible hallarla y adquirirla (III,29). Es el respeto, la veneración, el temor del Señor lo que constituye el principio de la sabiduría y de la prudencia (+Ecl 32,14-23).

Sabiamente Tobías le dice a su hijo: «sigue el consejo de los hombres prudentes y no desprecies ningún buen consejo. En todo tiempo bendice al Señor Dios, y pídele que tus caminos sean rectos, y que todas tus sendas y consejos vayan bien encaminados. Porque no es del hombre el consejo; sólo el Señor es quien da todos los bienes» (Tob 4,19).

–*La mortificación de las pasiones desordenadas,* especialmente de los deleites

insanos de los sentidos, es indispensable para adquirir la prudencia. Como hemos visto, es la prudencia la que, ejercitando la razón a la luz de la fe, ha de hallar en cada circunstancia el juicio más recto y oportuno. Pero las pasiones desordenadas inquietan, perturban y oscurecen la razón, de tal modo que no le permiten alcanzar determinaciones prudentes.

–*La reflexión sobre las propias acciones* es también medio necesario para la prudencia.

–*El consejo de personas idóneas.* También aquí habría que recordar aquella palabra de Dios en los orígenes: «no es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda semejante a él» (Gén 2,18).

## La justicia

Si partimos de la Escritura, veremos que la palabra *justicia* viene a ser con frecuencia sinónimo de *santidad*: los justos son los santos (+Mt 5,6.20). La justicia, en este sentido, abarca todas las virtudes.

Como virtud especial, sin embargo, es *el hábito sobrenatural que inclina la voluntad constante y perpetuamente a dar a cada uno, a Dios y al prójimo, lo que estrictamente les pertenece por derecho* (STh II-II, 58,1).

La justicia como virtud reside, pues, en *la voluntad*, no en el entendimiento. No se ordena a dirigir un acto cognoscitivo, como es el caso de la prudencia, sino a regular las relaciones debidas con los otros. Busca, por tanto, el bien honesto en las operaciones, que es el objeto de la voluntad. De este modo, la justicia ordena las relaciones particulares de los individuos entre sí, de cada uno de ellos con la sociedad, y de la sociedad con el individuo. Ella pone orden en todas las cosas y, por consiguiente, trae la paz y el bienestar de todos. Una paz que no es otra cosa que la tranquilidad

en el orden. Por eso la Escritura afirma que «la paz es la obra de la justicia» (Is 32,17).

«Obra la justicia –dice San Agustín– y tendrás la paz, y así se besarán la paz y la justicia. Si no amas la justicia, no tendrás paz. Estas dos virtudes, la paz y la justicia, se aman y besan mutuamente, de tal modo que quien abrace la justicia encontrará la paz» (*Com. Psalm.* 84,5).

–*Partes de la justicia.* Como en las otras virtudes cardinales, hay que distinguir partes en la justicia.

–*Partes integrantes,* sin las que la justicia no puede existir, son apartarse del mal, no de cualquiera, sino del que es *nocivo* al prójimo o a la sociedad; y hacer el bien, no un bien cualquiera, sino aquél que es *devido* a los otros.

–*Partes subjetivas* de la justicia son la justicia legal y la particular, que puede ser conmutativa o distributiva.

*La justicia legal* inclina al miembro de un cuerpo social a dar a la sociedad cuanto es debido en orden al bien común. Se llama legal porque se funda en la exacta observancia de las leyes. Y como el bien común prevalece sobre el particular, la persona se verá en ocasiones a sacrificar sus propios intereses por servir al bien común.

*La justicia distributiva* es virtud que obliga a quien distribuye los bienes comunes, para que tenga justamente en cuenta las necesidades y méritos de cada uno.

*La justicia conmutativa* es la que regula los derechos y deberes de los ciudadanos entre sí.<sup>III,50</sup>

Algunas virtudes logran sólo el bien de quien las ejercita. Pero la justicia, como la caridad, procura siempre el bien de los otros. En este sentido es especialmente alabada por San Ambrosio (*De officiis ministrorum* 1,28), y también por Santo Tomás (*STh* II-II, 58,12).

–*Justicia y paz.* Esto explica que justicia y paz sean, como hemos visto, hermanas que van siempre juntas. Si no hay justicia, no hay paz. Y si no hay paz, es que falta la justicia: «la razón es, porque todas nues-

tras inquietudes y turbaciones nacen del quebrantamiento de algun derecho que tenemos, o a la hacienda, o a la honra; o a la indemnidad de nuestra persona, lo cual es lo mismo que decir, que tiene origen de algun rompimiento de justicia».<sup>III,57</sup>

–*Los medios para adquirir y acrecentar la virtud de la justicia* son éstos:

–*Librar el corazón de todo apego desordenado a las riquezas.* La mente de quien está excesivamente apegado a los bienes temporales está oscurecida, y su corazón se ve impedido para obrar en justicia. «porque de este soez apego tienen origen todos los agravios que se hacen al prójimo, y todos los defectos que se cometen contra la virtud de la justicia».<sup>III,63</sup>

En efecto, «nada hay tan odioso como el avaro; él es capaz de vender hasta su alma» (Ecl 10,10). «Quien quiere pues, ser sequaz de la justicia, es necesario que tenga despegado el ánimo de la hacienda y del dinero, y que esté ageno de amontonar riquezas».<sup>III,63</sup>

–*Guardarse de las pequeñas injusticias,* por insignificantes que parezcan, pues «el que no es fiel en lo poco, no es fiel en lo mucho» (Lc 16,10).

–*Tener bien presentes las obligaciones de la justicia,* que fácilmente se olvidan o incluso se ignoran, cuando se atiende solamente a los propios intereses.

En este sentido, «que acerca de las obligaciones de justicia proceda la persona con un exacto y delicado examen sobre sí misma, a fin de descubrir cualquier falta, y procurar solícitamente la enmienda».<sup>III,69</sup>

En realidad, con gran frecuencia le es difícil al hombre descubrir en sus negocios y actividades lo que está obligado por la justicia, pues le falta la luz que permite discernir lo que es justo y recto. Las pasiones y apegos desordenados oscurecen el discernimiento de la mente, y todo lo justifican. Muchos así, por esta causa, no llegan a distinguir lo justo de lo injusto, ignoran los

perjuicios que, por acción o por omisión causan al prójimo, ofendiendo a la justicia.

De todo ello se infiere que *la perfección del cristiano exige que sea justo*, porque esta virtud le abrirá a la adquisición de otras virtudes necesarias a la santidad. Y solamente promoviendo la justicia podrán los hombres vivir en paz con Dios y entre sí. *Paz y justicia* son dos virtudes hermanas.

### La fortaleza

*En un sentido amplio*, la fortaleza es la virtud que vigoriza la voluntad para que, venciendo las dificultades que se encuentran en el ejercicio de las virtudes, pueda mantenerse firme en su ejercicio (*STh* II-II, 123, 12). Recordemos que la misma palabra *virtus* significa en latín *fuerza*. No puede haber hombre virtuoso que no sea hombre fuerte en su adhesión a la verdad y en su tendencia hacia el bien.

«No hay virtud que en el ejercicio de sus propios actos no encuentre alguna dificultad. Así el obediente experimenta repugnancia en ir contra la inclinación natural que todos tenemos de seguir la propia voluntad para sujetarse al querer de otro. Así el humilde siente pena en vencer el instinto natural que tiene el hombre de sobrepujar y dominar, sometiéndose ahora a éste, ahora a aquel. Lo mismo digo de las demás virtudes. Y por eso el mantenerse uno firme e inmóvil contra estas dificultades ordinarias, y no dejarse apartar por ellas del camino derecho, no es virtud especial, sino una virtud que a todas las virtudes compete».<sup>III,87</sup>

*En un sentido más estricto*, sin embargo, la fortaleza es *la virtud que tiene por objeto las cosas sumamente difíciles de sufrir*, como los males terribles, y que hace firme y constante el ánimo para soportarlos o para rechazarlos, cuando así conviene. En este sentido es una virtud particular, la tercera de las virtudes cardinales.<sup>III,88</sup>

Cuando los males parecen inminentes, despiertan en nosotros *el temor*, que es en nosotros una pasión poderosa para espan-

tar nuestros corazones y apartarnos del bien árduo y difícil. Pues bien, oficio de la fortaleza es vencer en nosotros ese temor, haciendo nuestro ánimo firme e intrépido contra todo peligro, aunque sea de muerte, de tal modo que no nos separemos de las virtudes y no nos veamos entregados a los vicios contrarios.

Sin duda, entre los males de este mundo es la muerte el mal que más nos asusta. Por eso, *el martirio*, que consiste en soportar la muerte antes que abandonar el bien, constituye el acto principal y supremo de la virtud de la fortaleza. Es virtud propia de los discípulos del Crucificado: «no temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma. Temed más bien a Aquel que tiene poder para perder en la guehenna el alma y el cuerpo» (Mt 10,28).

La fortaleza, pues, es una virtud cardinal, infundida en el cristiano con la gracia santificante, que *conforta el apetito irascible y la voluntad, para que no desistan de conseguir el bien árduo o difícil*. Es, por tanto, *la firmeza en el obrar*. Éste es el acto primero de la fortaleza.

El acto segundo consiste en *moderar la audacia*, para que no vaya más allá de los términos de una justa y moderada oposición. Todo lo cual es posible después de tener vencido el temor. Por eso la ira y la audacia, cuando son moderadas por la razón, ayudan grandemente a la fortaleza a rechazar los males graves amenazantes.

En este sentido, es propio de la fortaleza unas veces *atacar* y otras en cambio *resistir*, a semejanza de un soldado metido en combate. Y la verdad es que de los dos actos el principal y más difícil es resistir, pues es más penoso y heroico resistir a un enemigo que, por el mismo hecho de ser atacante, se considera más fuerte y poderoso.

La virtud de la fortaleza ha de ir creciendo en grados progresivos:

–El primero es *mortificar las pasiones*, combatir todos los vicios, despreciar los placeres inconvenientes y *ejercitarse con firmeza y constancia en todas las virtudes*. La fortaleza se manifiesta en el cristiano en la medida en que persevera en esta abnegación de sus afectos, y sabe mantenerse en un estilo de vida sobrio, penitente y austero.

«En realidad –dice San Ambrosio–, verdadera fortaleza es aquella por la que alguien se vence a sí mismo, reprime la cólera, no se deja llevar por los atractivos de ningún deleite, ni se perturba en las adversidades, ni se exalta en las prosperidades, ni se deja llevar por el viento siempre cambiante de las mudanzas humanas» (*De officiis ministrorum* 1,36).

–El segundo grado de la fortaleza está en *la capacidad de exponerse al peligro de la vida por el bien espiritual o corporal del prójimo*. En efecto, «no hay una caridad mayor que dar la vida por los amigos» (Jn 15,13). Dar la vida por los otros es algo sumamente arduo, y por tanto es señal de gran amor y también acto de gran fortaleza.

Buen ejemplo de este grado de fortaleza es el que nos da San Pablo, arrojando sin amedrentarse toda suerte de peligros, que él mismo describe, con tal de llevar el don supremo de la Buena Noticia a los paganos (2Cor 11,26)<sup>III, 101-102</sup>.

–El tercer grado de la fortaleza se da en *la entrega animosa al martirio*. «Si es fuerte aquel que no teme el peligro de la muerte, ciertamente será más fuerte quien no teme la misma muerte cuando está ya presente, antes la va a encontrar con generosidad, mayormente por el fin tan sublime de ser fiel a Jesucristo y a su fe».<sup>III, 103</sup>

Ejemplo conmovedor de este coraje nos lo da San Ignacio de Antioquía que, sin miedo alguno a la muerte, quiere entregarse al martirio: «Escrito a todas las Iglesias, y a todas ellas les aseguro que estoy dispuesto de buen grado a morir por Dios. Os pido, pues, que no manifestéis por mí una benevolencia inoportuna. Dejádme ser pasto de las fieras, por las cuales podré llegar a la posesión de Dios. Soy trigo de Dios y debo ser molido por los

dientes de las fieras, para transformarme en pan limpio de Cristo. Rezad por mí a Cristo, para que, por medio de esos instrumentos, venga a ser yo sacrificio para Dios» (*Romanos* IV,1-2; VI,1).

–*Vicios opuestos*. Tres son los vicios que se oponen a la virtud de la fortaleza. Uno *por defecto*, el temor o la cobardía, que lleva al hombre a desistir del bien difícil, antes que oponerse a los males amenazantes. Y dos *por exceso*: la indiferencia, que no teme suficientemente los peligros que debería considerar; y la audacia que sale al encuentro del peligro, despreciando los consejos de la prudencia.

–*Partes de la fortaleza* son, para acometer grandes empeños, la magnanimidad y la magnificencia; y para resistir las dificultades, la paciencia y la longanimidad, la perseverancia y la constancia. Digamos algo de cada una de estas virtudes que forman parte de la virtud de la fortaleza.

–*La magnanimidad* lleva a realizar grandes obras con prontitud de ánimo y confianza en darles fin. Según San Agustín, «la magnanimidad es la grandeza de espíritu en la práctica y administración de las cosas grandes y elevadas, con disposición generosa y espléndida del alma» (*De div. quæst.* 31,1).

El hombre magnánimo no es envidioso, no se sitúa como rival de nadie, ni se siente humillado por el bien de los demás. Es hombre tranquilo, que no se entrega a muchos asuntos al mismo tiempo. Es verdadero, sincero, amigo fiel, que dice lo que siente, sin preocuparse de las posibles opiniones contrarias. Él se empeña fundamentalmente en cultivar el arte y la ciencia, y sobre todo las virtudes. Como se ve, es ésta una virtud muy rara entre los hombres, pues supone el ejercicio de todas las virtudes. Hablando con toda propiedad, los magno-ánimos son los santos.

Se oponen a la magnanimidad, como *vicios, por exceso*: la presunción, que inten-

ta obras superiores a las propias fuerzas; la ambición, que busca honras indebidamente; y la vanagloria, que procura fama sin merecerla y sin ordenarla a su verdadero fin, la gloria de Dios y el bien del prójimo. *Por defecto*, la pusilanidad, una humildad mal entendida, que lleva a desconfiar demasiado de las posibilidades propias, y que deja sin fruto los talentos recibidos de Dios.<sup>III,602</sup>

–*La magnificencia* es virtud semejante a la anterior, pues inclina a emprender obras espléndidas y difíciles sin arredrarse ante los grandes trabajos y gastos que sean necesarios.

A ella se oponen, *por defecto*, la mezquindad, y *por exceso*, todo lo que lleva al derroche o despilfarro, más allá de lo prudente.<sup>III,603</sup>

–*La paciencia* es la virtud que inclina a soportar sin tristeza de ánimo ni abatimiento los padecimientos físicos o morales. Es una gran virtud, muy necesaria en la vida cristiana, pues siendo en este valle de lágrimas innumerables los trabajos y padecimientos, necesitamos de ella para mantenernos en el camino de la perfección, sin desalentarnos ni ceder a la tristeza.

Contrarios a la paciencia son la impaciencia y la insensibilidad o dureza de corazón.<sup>III,603</sup>

–*La longanimidad* es virtud que da ánimo para intentar algo bueno que se halla muy distante de nosotros. Va muy unida a la paciencia, pues exige normalmente esperar mucho tiempo para lograr el bien que ardientemente desea. Es, pues, saber esperar. Por eso esta virtud ayuda al cristiano a evitar la impaciencia, que podría causarle la demora del bien que espera.<sup>III,604</sup>

–*La perseverancia* hace posible persistir en el ejercicio del bien, sin desfallecer, a pesar de las dificultades y resistencias que se produzcan a lo largo del tiempo. Supone esta virtud una gran fortaleza de

ánimo, sin la cual ninguna virtud podría ser perfecta, ni siquiera mantenerse mucho tiempo. Por supuesto, es imposible perseverar en el bien sin la ayuda especial de la gracia.<sup>III,604</sup>

–*La constancia*, por último, da firmeza al alma contra las dificultades que provienen de la prolongación de una vida virtuosa, fortaleciéndola contra todas las vicisitudes adversas.

Peca contra la constancia la inconstancia, que lleva a desistir fácilmente de la práctica del bien, en cuanto surgen dificultades; y la obstinación, que se empeña en no ceder al obstáculo, cuando sería prudente hacerlo.<sup>III,604</sup>

–*Los medios necesarios para adquirir la virtud de la fortaleza* son los siguientes:

–*La oración de petición*, como siempre, ha de ir por delante en la adquisición de las virtudes, también de la fortaleza. En efecto, «todo buen don y toda dádiva perfecta vienen de lo alto, descienden del Padre de las luces, en el que no hay mudanza ni sombra de variación» (Sant 1, 17). Él es la Roca, y sólo de Él puede venirnos la fortaleza necesaria en las pruebas. Jesús nos da el ejemplo supremo, fortaleciéndose en la oración de Getsemaní para sufrir fielmente su Pasión terrible.

«En tiempos de grandes males –dice San Agustín– se han de dirigir a Dios nuestros ruegos, porque de su Majestad ha de venirnos la fortaleza, y en Él encontramos tranquilidad en nuestros trabajos y ayuda en nuestras aflicciones» (*Com. Psam.* 32,9). La fortaleza «es un árbol fecundo de muchos frutos espirituales, que no puede nacer de la tierra frágil de nuestra débil naturaleza, si no lo planta con sus manos el Labrador celestial».<sup>III,108</sup>

–*Prever las cosas ásperas y arduas* ayuda a perder poco a poco el temor, y facilita la intrepidez en las dificultades. Una larga y frecuente meditación de los males es útil a todos para enfrentarlos con firmeza de

ánimo, especialmente a los que aún están débiles. Es condición necesaria para evitar que las dificultades abrumen de improviso.

Así lo enseña, por ejemplo, San Ambrosio: «es propio de un hombre fuerte no disimular los grandes males que amenazan, sino preverlos antes de que lleguen, y, con diligente conocimiento, ir al encuentro de ellos y hacerles frente» (*De officiis ministrorum* 1,28). Y es también la doctrina de Santo Tomás (*Sth* II-II, 123, 9).

-*No dejar ir adelante los pequeños males de cada día* es también medio para adquirir fortaleza. La cobardía ha de ser siempre vencida por la mortificación. Y el hacer frente a los pequeños males diarios habilita el alma para que sepa oponerse en su momento a males terribles.<sup>III,111-112</sup>

-*El amor ardiente a Dios y al prójimo*, ciertamente, es el medio fundamental para adquirir la fortaleza y crecer en ella. Nada hay tan fuerte como el amor. Nada hay tan duro que no pueda ser vencido con el fuego de la caridad. Es la enseñanza de San Pablo: «¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Pero en todo eso vencemos nosotros por Aquel que nos amó» (Rm 8,35.37).

Superando la cobardía y el temor al sufrimiento, todas las virtudes cristianas han de verse siempre asistidas en su ejercicio por la fortaleza, que exige mortificación y oración continua de súplica al Dios fuerte.

## La templanza

*En sentido amplio*, la templanza es la moderación que la razón impone a toda acción o pasión del hombre. No se trata, pues, en este caso de una virtud especial, sino de una condición general que ha de acompañar el ejercicio de todas las virtudes morales, pues sin ella no podría practicarse recatamente ninguna virtud.

*En sentido estricto*, la templanza es un «hábito que inclina a moderar la concupiscencia principalmente acerca de los deleites del tacto, que nacen de la comida y de la bebida, de la actividad sexual, y secundariamente de los otros sentidos» (*Sth* II-II, 142,3). Viene a ser así una de las virtudes cardinales (*ib.* 2).

La sagrada Escritura inculca esta virtud con insistencia (Ecl 31,12-31; Prov 23,1-3), ya que sin ella el hombre llega a portarse como un animal (Rm 1,26-29; 1Cor 6,9-10). En cambio, así como la fortaleza rige con firmeza el apetito irascible, es función de la templanza moderar siempre los movimientos del apetito concupiscible.

Scaramelli explica así la templanza: «Conviene saber que el apetito sensitivo en el hombre, el cual se llama también concupiscencia, no mira a otra cosa con sus actos y movimientos interiores, que al bien y mal sensible: con el sobrado temor de éste, y con el deseo exorbitante de aquel tiene grande fuerza para apartar a la razón de la rectitud. Y por eso tiene necesidad la razón misma de dos virtudes para moderar este caballo indómito, ahora muy temeroso del mal sensible, ahora muy ansioso del bien deleitable. La una es *la fortaleza*, con la cual la razón reprime el temor para que la voluntad aterrada no se aleje del bien honesto, si no que esté siempre firme en él, como ya hemos visto. La otra es *la templanza*, con la cual refrena este potro ardiente para que la voluntad atraída del bien sensible y deleitable, no se vaya tras de él con desorden».<sup>III,125</sup>

Entre los apetitos sensibles, por lo demás, son unos *más vehementes* y otros lo son menos. Como enseña Santo Tomás, los primeros son aquellos que pertenecen al sentido del tacto por medio de la comida, la bebida o la actividad sexual, ya que son más connaturales al hombre, sea para la conservación del individuo o de la especie. Los *menos vehementes* nacen, en cambio, de otros sentidos, como el ver o el oír, y que no son tan necesarios para la conservación de la especie. De este modo, la templanza, obrando a la luz de la fe, hace que

usemos el placer para un fin honesto y sobrenatural, en la forma dispuesta por Dios para cada uno, según su estado y condición (STh I-II, 63,4).

Entre las virtudes cardinales, tiene primacía la prudencia, que ha de regir el ejercicio de todas las virtudes. Y a la *templanza le corresponde el lugar cuarto*. En efecto, «el bien de la multitud es más alto que el bien de un solo hombre. Y por eso, en la medida en que una virtud busca el bien de todos es tanto más excelente. Ahora bien, la fortaleza y la justicia cumplen esa condición mejor que la templanza... Ésta modera únicamente los deseos y placeres del hombre individual. Luego la justicia y fortaleza son virtudes más excelentes que la templanza, y a su vez, la prudencia y las virtudes teologales [fe, esperanza y caridad] superan en dignidad a estas virtudes más nobles» (STh II-II, 141,8).

–*Vicios opuestos a la templanza* son: *por defecto*, la intemperancia, que sobrepasa los límites razonables en el uso de placeres sensibles; y *por defecto*, la insensibilidad excesiva, que rehuye los placeres requeridos para la conservación del individuo o de la especie.

«Hay casos, sin embargo, en que la abstención de estos placeres es laudables y hasta necesaria en orden a un fin honesto. Y así, para salvaguardar la salud corporal, hay quienes se privan de esos placeres de comida, bebida y actos sexuales. Otras veces es necesaria también la abstención para desempeñar bien un oficio, al modo como los atletas y soldados deben privarse de muchos placeres para cumplir su misión. Y en el orden espiritual, los penitentes, a fin de recuperar la salud del alma, utilizan la abstinencia de estos goces como dieta provechosísima; y quienes se consagran a la contemplación de las cosas divinas necesitan elevarse de dichos deleites carnales» (STh II-II, 142,1).

Según esto, «si fuere, pues, el lector llamado de Dios para extraordinarias abstinencias, y su vocación fuere aprobada de quien

tiene el lugar de Dios, no tenga escrúpulo de emprender un tenor de vida más rígida; porque su obrar de una parte no será contrario a la templanza, y por otra parte será conforme a otras muchas virtudes».<sup>111,146</sup>

–*Las partes subjetivas de la virtud de la templanza* proceden de los placeres que esta virtud debe moderar: en aquello que se refiere al gusto, la *abstinencia* y la *sobriedad*; y en lo referido al tacto, la *castidad*.

–*La abstinencia* inclina a usar moderadamente de los alimentos corporales, según la recta razón iluminada por la fe. En cuanto virtud infusa y sobrenatural, ciertamente, va más allá de lo exigido por la mera razón, y participa, en la medida del don de Dios, en «la locura» de Cristo Crucificado (1Cor 1,23). Así, concretamente, inclina esta virtud a observar las penitencias prescritas por la ley de la Iglesia. Vicio opuesto a ella es la *gula*.

–*La sobriedad*, en sentido amplio, significa moderación en cualquier materia. Pero en un sentido más estricto, se refiere la virtud especial que modera en la bebida. La *embriaguez* es el pecado opuesto.

–*La castidad* es la virtud sobrenatural que modera el apetito genésico. Es una virtud angélica, en cuanto hace al hombre semejante a los ángeles. Y es difícil, pues a su práctica perfecta no se llega sino a través de una continua vigilancia y de una austeridad severa. A esta virtud se opone la *lujuria*.

–*Partes potenciales de la virtud de la templanza* son

–*La continencia*, que fortalece la voluntad para resistir las concupiscencias desordenadas muy vehementes. Se trata, por lo tanto, de una virtud que reside en la voluntad y es de suyo imperfecta, ya que no lleva a la realización de alguna obra positivamente

te buena y perfecta, sino que se limita a impedir el mal, sujetando a la voluntad para que no se deje arrastrar por el ímpetu de la pasión. Su vicio opuesto es la *incontinencia*, que no es un hábito propiamente dicho, sino la privación de la continencia en el apetito racional, que sujetaría la voluntad para no dejarla arrastrar por la concupiscencia; y en el apetito sensitivo es el mismo desorden de las pasiones concupiscibles en lo referente al tacto.

–*La mansedumbre*, que modera la ira, de modo que ésta no se alce sino en el modo y momento convenientes. Ejemplo perfecto de ella es Jesús: «aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas» (Mt 11,29). A ella se opone la *iracundia*, de la que nacen otros vicios, como la *indignación* desordenada.

–*La clemencia*, virtud propia del superior, que le inclina a mitigar razonable y prudentemente el castigo o la corrección debidos al culpable. Se le oponen la *crueldad*, que obliga a severas penas imprudentes con dureza de corazón, o por defecto, la *lenidad* o excesiva blandura, que exime imprudentemente de penas a los culpables.

–*La modestia*, en fin, lleva a comportarse moderadamente en todas las actitudes interiores o exteriores, según corresponde al propio estado, condición o vocación.

### Avisos al Director espiritual

–*La prudencia* es una gran virtud, que el Director debe inculcar en sus discípulos con gran solicitud, comenzando por darles buen ejemplo de ella. Advierte Scaramelli, en este sentido, que ninguno debe hacerse guía espiritual si no es él mismo discípulo en la escuela del Espíritu; y nadie debe enseñar la perfección a otros, si él mismo no la practica<sup>1,8</sup>. Corresponde, pues, al guía espiritual considerar si al dirigido le con-

viene ésta o aquella obra, o el modo y el tiempo en que debe realizarla.<sup>III,37</sup>

Para esto, siempre el Director debe pedir a Dios luz y el don de consejo, y procurar que los discípulos procedan con rectitud de intención y alma purificada de pasiones desordenadas.

Por otra parte, si ha de aconsejar a sus dirigidos que no obren sin pedir consejo, él mismo ha de estar pronto a solicitarlo cuando se trata de cuestiones graves y dudosas.<sup>III,37</sup>

–*La justicia* es también virtud que el Director ha de inculcar cuidadosamente en los discípulos, para que, ayudándoles a conocer y reconocer sus culpas, tengan sus conciencias siempre libres de pecados graves, y entreguen a Dios y a los prójimo todo cuanto les deben.<sup>III,74</sup>

–*La fortaleza* ha de ser inculcada en los dirigidos, sabiendo discernir bien en éstos el oro del vil metal. En efecto, no cualquier intrepidez en tolerar grandes males ha de ser necesariamente virtud de la fortaleza, pues ésta se dirige ante todo a la abnegación de sí mismo, a domar la voluntad y las tendencias carnales, y a renunciar cuanto convenga a los placeres de la vida presente. El fin que la persona pretende con su fortaleza permitirá discernir la calidad espiritual de ésta.

«También las personas mundana se sujeitan a cosas muy difíciles y trabajosas; mas porque las tales cosas o no son en sí buenas, o no se emprenden por fin honesto, su fortaleza es perversa, las conducen a la perdición».<sup>III,119</sup>

Es santa y virtuosa la fortaleza que obra por amor a Dios y a la virtud. Pero es viciosa aquella que procede de alguna pasión desordenada. «En tales casos procure el Director que estas personas que emplean su fortaleza en materias viles, la conviertan a objetos sobrenaturales y divinos. Si lo consigue, ayudando la divina gracia a sus

industrias, presto las mudará de malas que son, en personas santas».<sup>III,120</sup>

—*La templanza* ha de entrar también en la educación espiritual de los dirigidos. Éstos han de entender que, unidos al Crucificado y siguiendo el ejemplo de los santos, han de ser sobrios y moderados en todo, si quieren de verdad ir adelante en perfección.<sup>III,150</sup>

## 4

# Virtudes teologales, perfección esencial cristiana

Para estudiar la esencia misma de la vida cristiana hemos de considerar, sin duda, las virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad, pues son ellas las que inmediatamente nos unen a Dios, nuestro fin último. Y lo haremos por ese orden, ya que la esperanza se fundamenta en la fe; y la caridad no es plena sino cuando parte de la fe y la esperanza.

### La fe

Como es tradicional, Scaramelli estudia la fe partiendo de aquel notable texto de la carta a los Hebreos: «La fe es la firme seguridad de lo que esperamos, la convicción de lo que no vemos, y por ella nuestros an-

tepasados fueron considerados dignos de aprobación. Por la fe conocemos que la Palabra de Dios formó el mundo, de manera que lo visible proviene de lo invisible» (Heb 11,1-3).

Todas las partes esenciales de la virtud de la fe, afirma Santo Tomás, como substancia de las cosas que esperamos, se contienen en esas palabras inspiradas (*STh* II-II, 4,1). La fe, pues, «sobrenatural y divina es una virtud teológica, que levanta nuestra mente a creer con gran firmeza todo lo que Dios nos ha revelado; y a creerlo por este sólo motivo, porque nos lo ha revelado Dios, que es infinitamente sabio y sumamente veraz».<sup>IV,4</sup>

Como virtud *teologal*, la fe tiene por *objeto inmediato* al mismo Dios. Ella es un hábito permanente, que dispone el alma a creer con gran firmeza. Es un *hábito infuso*, es, por tanto, un puro don de Dios, infundido en el alma sin mérito alguno de su parte (Ef 2,8); y si no se comete pecado de infidelidad, es virtud infusa que no se pierde, aunque los demás pecados puedan oscurecerla. En efecto, hay que «sostener el buen combate, con fe y buena conciencia. Pues algunos que perdieron ésta, naufragaron en la fe» (1 Tim 1,19-20)

La fe, hay que insistir en ello, es *un don de Dios*, que transforma nuestra inteligencia, elevándola y capacitándola para las cosas divinas. En modo alguno podemos llegar a ella por nuestras propias fuerzas, sino por el auxilio de la gracia que ilumina nuestra mente<sup>IV,6</sup>.

Por lo demás, todas las verdades de la fe son entregadas por Dios a través del don supremo de la Revelación: «Y puntualmente hallamos en las Sagradas Escrituras previstos, y anunciados de los profetas los sucesos de la vida, y de la pasión del Redentor, hasta sus últimas y más menudas circunstancias. Luego Dios fue quien manifiestó a los profetas las dichas verdades, y se las dictó de su boca, cuando las profeti-

zaban. Pues si Dios el que habló a los profetas, es preciso decir que es verdadera vida aquella fe, por la cual él mismo habló y manifestó». <sup>IV,8</sup>

*Es la misma Revelación divina la que ilumina el entendimiento por la fe.* «Que-riendo, pues, ejercitarse alguno en actos de fe divina, pondere primero atentamente las señales y argumentos credibilidad, a lo menos si otras veces no lo ha hecho semejantes consideraciones, hasta que quede persuadido y convencido de que los artículos que nos propone la Iglesia no han sido inventados de los hombres, sino manifestados de Dios». <sup>IV,14</sup>

Por otra parte, *la fe está viva si va unida a la caridad*; pero separada de ésta, queda informe (*STh* II-II, 4,3). La fe viva es aquella que se muestra activa y eficaz para obrar según las verdades que cree. Está, en cambio, muerta si se manifiesta ineficaz para obrar conforme a su creencia. Por tanto, la fe que inicia y consume el camino de la perfección cristiana es «la fe que obra por la caridad» (Gál 5,6).

–*Las principales propiedades de la fe*, sin las cuales ésta no podría subsistir, son las siguientes:

–*La simplicidad* o sencillez. La fe no ha de ser curiosa para exigir razones que expliquen las verdades católicas, sino que, una vez que se ha asegurado con certeza de que una verdad ha sido divinamente revelada, se adhiere firmemente a ella, apoyándose únicamente en la autoridad de la palabra del mismo Dios. Ésta es la fe verdadera que elogian las Escrituras:

Abraham «no flaqueó en la fe al considerar su cuerpo sin vigor, pues era casi centenario, y estaba ya amortiguado el seno de Sara; sino que ante la promesa de Dios no vaciló, dejándose llevar de la incredulidad, antes, fortalecido por la fe, dió gloria a Dios, convencido de que Dios era poderoso para cumplir lo que había prometido» (Rm 4,19-21).

«No tendría mérito alguno –hace notar San Gregorio– aquella fe que no se moviese a creer a causa de la Revelación divina, sino por la fuerza de las razones humanas o por la experiencia de los sentidos. No sería una fe divina, sino humana» (*Hom.* 26,8 in *Ev. Ioan.* 20,21-31).

–*La firmeza.* La fe ha de ser firme, y no vacilante o dudosa, sino siempre constante en la creencia. Esta propiedad segunda procede de la primera.

En efecto, «si el cristiano no piensa curiosamente en razones naturales, si no hace reflexión a las dificultades que pueden ocurrir a acerca de los misterios revelados, sino que todo se funda en la palabra de un Dios sumamente sabio y verídico, es difícil que no sea firme en su creencia. Porque así como es indefectible el fundamento en que se apoya, así es preciso que sea inmutable, e inalterable su fe». <sup>IV,21</sup>

–*La fortaleza.* La fe ha de mostrarse fuerte para sufrir cualquier trabajo o tormento, antes que retroceder un punto de la adhesión a las divinas verdades. San Pedro avisa a los cristianos que es preciso permanecer «fuertes en la fe», para poder resistir al enemigo infernal (1Pe 5,8-9).

–*La necesidad de la fe*, por otra parte, es abiertamente declarada en la sagrada Escritura, que la exige para la salvación. Y así lo enseña Jesús: «el que creyere y fuera bautizado, se salvará; pero el que no creyere, se condenará» (Mc 16,16). La fe, enseña San Agustín, es primer principio de nuestra salvación, pues sin ella no puede recibirse en esta vida la gracia santificante, ni en la otra la bienaventuranza eterna (*Serm.* 38,4). Es, pues, el fundamento de nuestra felicidad en el cielo, y la raíz de toda obra santa (*Com. in Psalm.* 31,4). Es la fe expresada en el concilio de Trento: *la fe es el principio de la salvación humana, el fundamento y raíz de toda la justificación* (Dz 801/1532).

Por lo que se refiere, pues, a la búsqueda de la perfección evangélica, «no tiene, pues, que emprender la vida espiritual el que nos está bien fundado en la virtud de la fe, porque sería lo mismo que ponerse a fabricar un majestuoso palacio, sin haber echado un sólido cimiento. Y cuando lograre haber llevado el edificio del espíritu a la última perfección, téngase más fuerte que jamás sobre este fundamento de la fe: porque de otra suerte irá todo a tierra, y todo el trabajo espiritual se convertirá en una formidable ruina».<sup>IV,30</sup>

«El justo vive de la fe», afirma reiteradas veces la Escritura (Hab 2,4; Rm 1,17; Gál 3,11; Heb 10,38; etc.). Si es imposible la salvación sin la fe, más imposible será sin ella la santidad cristiana, pues en el camino de la perfección se presentan innumerables dificultades, que sólo pueden ser vencidas con la fuerza de la fe.

«Pues si todo nuestro adelantamiento espiritual ha de tener su principio de los conocimientos sobrenaturales y divinos, que den vigor a la voluntad para obrar, será preciso decir que no hará jamás mucho provecho en la perfección quien no tiene mucha [fe]; pues ésta es la que nutre los tales conocimientos; y al contrario, hará grandes progresos el que estuviere bien proveído de fe».<sup>IV,34</sup>

—*Los medios principales para alcanzar la fe y crecer en ella son los siguientes:*

—*La oración de petición*, que siempre es en la navegación cristiana como la proa de la nave. Siendo la fe un don que procede como «sol que nace de lo alto», es decir, como luz que ilumina la mente para que reciba las verdades divinas, necesita, pues, la santa inclinación que Dios pone en la voluntad, atrayéndola hacia sí, y en el entendimiento, para que crea en esas verdades. Por tanto, el hombre debe pedir a Dios esta ilustración sobrenatural de su mente, que sólo puede ser obra de la gracia divina. «Creo, pero ayuda mi incredulidad» (Mc

9,24). «Señor, acrecienta nuestra fe» (Lc 17,5).

—*Ejercitarse con frecuencia en actos de fe.* «Con practicar frecuentemente las humillaciones, se hace humilde en la abyección y desprecio de sí; y lo mismo digo de otras virtudes. Así, pues, con hacer a menudo actos de fe se adquiere la virtud de la fe, y de esta manera viene a ser el cristiano perfectamente fiel».<sup>IV,36</sup>

—*Ejercitarse en obras santas y virtuosas*, porque al hacerlas se aviva la fe (+Sant 2,26; 1Jn 2,4. Sin actualizar la fe, no podrían realizarse esas obras. «Al contrario las buenas obras, si son frecuentes, avivan la fe, la suben de precio, la encienden, y la hacen perfecta, porque merecen de Dios mayor luz, mayor ardor, y mayor firmeza en creer; con lo cual, se aumenta, crece, y se hace más vigorosa la misma fe».<sup>IV,41</sup>

Por eso dice San Gregorio: «¿Qué aprovecha el que estemos unidos por la fe a nuestro Redentor, si nos separamos de Él por las costumbres?; pues Él dice: “no todo aquel que me dice: Señor, entrará en el reino de los cielos” (Mt 7, 21). Es necesario, pues, juntar a la fe verdadera las buenas obras. Lavemos con llantos diarios los pecados que hemos cometido; suplan con ventaja a nuestros pasadas maldades las buenas obras nacidas del amor de Dios y del prójimo; no rehusemos prestar a nuestros hermanos todo el bien que nos sea posible, pues, no de otro modo nos hacemos miembros de nuestro Redentor, sino uniéndonos a Dios y compadeciendo a nuestros prójimos» (Hom. 39,9, Ev. Luc. 19,41-47).

## La esperanza

La esperanza, como la fe, es una virtud teologal, cuyo objeto primario e inmediato es el mismo Dios. [202] La esperanza «es una virtud teológica que eleva nuestra voluntad a una firme expectación de la eterna felicidad y de los medios necesarios para conseguirla, apoyada en la promesas de un Dios infinitamente poderoso, y sumamente fiel en cumplir su palabra».<sup>IV,62</sup>

(+S<sup>Th</sup> I-II, 25, 1).

Como se ve, la *esperanza* es hermana del *deseo* de perfección, del que más arriba tratamos: pero «el deseo y la esperanza, aunque sean semejantes, teniendo ambos por objeto la consecución de algún bien, son también entre sí muy desemejantes. Porque el deseo mira al bien, pero prescindiendo de si es fácil o difícil de conseguirse; cuando la esperanza tira siempre a un bien arduo, y difícil de alcanzarse»<sup>IV,61</sup>.

Sin el auxilio de la gracia de Dios, ciertamente, la voluntad humana no podría alzarse a un acto tan por encima de sus fuerzas naturales, ya que los bienes de la vida eterna son absolutamente superiores a la capacidad humana. En este sentido dice San Bernardo que «nadie puede poner en Dios su esperanza, si no es movido por el Espíritu Santo» (*Com. Psalm. 90, Serm. 9,5*).

Por otra parte, el *objeto secundario* de la virtud de la esperanza viene constituido por *todos los medios sin los cuales no podemos llegar a la perfecta posesión de Dios*: la gracia santificante, el perdón de los pecados, los movimientos santos de la voluntad, las virtudes, la pureza de conciencia, los dones sobrenaturales y todas las ayudas exteriores que nos ayudan a obrar virtuosamente<sup>IV,69</sup> (+S<sup>Th</sup> II-II, 17,2).

—*Los motivos de la esperanza son las promesas de un Dios infinitamente poderoso y sumamente fiel*. Por eso la Escritura sagrada llama tantas veces al Señor «esperanza nuestra», «mi esperanza y mi confianza, Señor, desde mi juventud» (Sal 70,5).

«Hablan de esta manera las Sagradas Letras, porque la esperanza es la virtud toda fundada en Dios. Aspira ella a Dios, y del mismo Dios se mueve a esperarle; porque se mueve de los atributos de su infinita omnipotencia, y de su suma fidelidad, los cuales en substancia el mismo Dio. Por lo cual es esta una virtud del todo divina, que hace divinas a las almas que la poseen».<sup>IV,78</sup>

Dios, en efecto, promete la salvación

eterna a quien, guardando los mandamientos de su ley divina, persevera en su gracia hasta la muerte. Y «que Dios haya prometido el dar todas las ayudas necesarias para la observancia de sus mandamientos, y para mantenerse en su gracia a cualquiera que con el debido modo se lo pediere, es tan indubitable que el Santo Evangelio, en el cual se hallan escritas con claridad las dichas promesas».<sup>IV,72</sup>

—*Entre las propiedades de la esperanza*

-la primera es que *la esperanza se apoya en el mismo Dios*, como tantas veces lo expresa la Escritura: «Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador; Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte» (Sal 17,3).<sup>IV,84</sup>

De aquí se deduce que la esperanza *no nos permite apoyarnos en nosotros mismos*, como si nuestras propias fuerzas nos permitieran expiar todas nuestras culpas, guardar la inocencia, ejercitar perseverantemente las virtudes, y consiguientemente conseguir la gloria del paraíso. No es así.

Por el contrario, «pesa sobre nuestra propia carne una sentencia de muerte, y así hemos aprendido a no poner nuestra esperanza en nosotros mismos, sino en Dios, que resucita a los muertos» (2Cor 1,9). «Porque el esperar un en sí mismo no es otra cosa que apoyarse en una caña frágil y débil que luego se quiebra y le hace caer».<sup>IV,84</sup>

Como dice Santo Tomás, «la esperanza tiene como fin último la bienaventuranza eterna; el auxilio divino, en cambio como causa primera que conduce a la bienaventuranza. Por lo tanto, como fuera de la bienaventuranza eterna no es lícito esperar bien alguno como fin último, sino sólo como ordenado a ese fin de la bienaventuranza, tampoco es lícito en ningún hombre, o en criatura alguna, como causa primera que conduzca a la bienaventuranza; es lícito, sin embargo, esperar en el hombre o en otra criatura como agente secundario instrumen-

tal, que ayude a conseguir cualquier bien ordenado a la bienaventuranza» (*STh* II-II, 17,4)

¿Es lícito, sin embargo, poner la esperanza en los hombres? Santo Tomás enseña que «la esperanza tiene la bienaventuranza eterna como fin último y el auxilio divino como primera causa que conduce a la bienaventuranza. Y así como no es lícito esperar bien alguno como último fin, fuera de la bienaventuranza eterna, sino sólo como ordenado a este fin de la bienaventuranza, del mismo modo no es lícito esperar en ningún hombre o en criatura alguna como primera causa que conduce a la bienaventuranza. Pero sí es lícito esperar en el hombre o en otra criatura como agente secundario o instrumental con que ayudarse a conseguir cualquier bien ordenado a la bienaventuranza» (*STh* II-II, 17,4).

-*La certeza* es la segunda propiedad de la esperanza, y con ella han de esperarse los bienes eternos y los medios necesarios para llegar a ellos. Puede la esperanza ser cierta porque está toda ella fundada en las promesas de un Dios infalible.

-*Los efectos principales de la esperanza* son los siguientes:

-*Se dilata el corazón* de la persona que espera en Dios, facilitando el cumplimiento de sus leyes, según aquello del salmo: «correré por el camino de tus mandatos cuando dilates mi corazón» (118,32).

-*Consuela y alegra*, como lo dice la carta a los Hebreos: «Hay dos realidades irrevocables, la promesa y el juramento, en las que Dios no puede engañarnos. Y gracias a ellas tenemos fuerza y ánimo los que buscamos en Él asilo, hasta alcanzar la esperanza que se nos ofrece. Y esta esperanza que tenemos es como un ancla del alma, sólida y firme» (6,17-19).

Bellamente dice San Agustín: «Ahora nosotros pasamos trabajos y fatigas, pero vendrá después el día feliz en que gozaremos del fruto. Más aún, las mismas fatigas que ahora padecemos están llenas de alegría y do gozo por la esperanza de los bienes futuros [...] Y si nuestras fatigas, a causa

de la esperanza, nos alegran tanto en esta vida, ¿cuál será la alegría que desbordará en nosotros cuando gocemos del fruto mismo de nuestros trabajos?» (*Com. Psalm.* 127,10).

-*La oración es ocasión* muy oportuna para ejercitar vivamente la esperanza, porque de ésta depende sobre todo la eficacia de nuestras peticiones, para conseguir los favores que nos convienen. Por eso, «propóngase, pues, el hombre espiritual el no pedir jamás gracia a Dios, sin haber despertado antes en su corazón una viva confianza en Dios, reflexionando en las repetidas promesas que nos ha hecho de oír nuestros ruegos; y también en su suma bondad, más pronta a hacernos beneficios, que lo somos nosotros para recibirlos». <sup>IV,112</sup>

*Los momentos difíciles y desesperantes*, sobre todo los que nacen de la memoria de culpas pasadas o de pecados recientes, son también ocasión para aferrarse bien a la virtud de la esperanza, que nos hace descansar en la bondad de Dios.

*Los tiempos de sufrimiento*, en fin, que abruman nuestro cuerpo o nuestra alma, requieren también que el alma se fortalezca en la esperanza. «Por lo cual conviene, que la persona atribulada se aplique a ésta, y se la meta en el corazón, si quiere pasar intrépida por la escuadra de los males que por todas las partes nos cercan». <sup>IV,120</sup>

## La caridad

Todos los temas que hemos ido considerando se ordenan, como disposiciones próximas o remotas, hacia la plena caridad, que es la meta del camino espiritual. Ella es «el vínculo de la perfección» (Col 3,14). Por eso es *la virtud teológica más excelente, alma y forma de todas las virtudes*, la que más une a los cristianos con Dios y entre sí.

Por otra parte, la caridad ahora ama a Dios por sí mismo, y se goza de su bien solo

porque es bien suyo; y ahora ama al prójimo, y quiere su bien, pero se lo quiere solo por el bien que quiere a Dios: quiero decir, que lo ama por amor de Dios».<sup>IV,134</sup>

Es la enseñanza, por ejemplo, de San Agustín: «la caridad ama ahora a Dios por sí mismo, y se alegra de su bien sólomente porque es su bien, y ama al prójimo por amor de Dios» (*Doctr. crist.* 3,10). El amor a Dios, en efecto, se mueve desde la bondad de Dios y a Él dirige sus afectos. El amor al prójimo también es movido por la bondad divina, pero se dirige con sus actos al mismo prójimo. Por eso Dios es *causa y fuente* de nuestro amor al prójimo, ya que amamos al prójimo con Dios, desde Dios y por Dios. En estos dos amores consiste la perfección cristiana, principalmente en el amor para con Dios.

—*La caridad con Dios* es una virtud teologal infusa, que levanta nuestra voluntad a *amar sobre todas las cosas a Dios por sí mismo*, por el mérito infinito que tiene de ser amado. Es teologal, pues Dios mismo es el objeto y al mismo tiempo el principio de sus amorosos movimientos: «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado» (Rm 5,5).

Ama la caridad a Dios sobre todas las cosas, y le ama *por sí mismo*. Y esto es lo que la distingue del amor de concupiscencia, que busca principalmente en el amante el propio gozo o ventaja. Dios es bueno en sí mismo y es nuestro último fin. Él es sumamente bueno en sí, porque contiene toda perfección y todo bien. En Él reside toda la infinita omnipotencia—suma sabiduría y bondad, incomparable belleza, una grandeza que excede toda idea nuestra y todo conocimiento—. «¿A quién, pues, compararéis vuestro Dios, qué imagen haréis que se le asemeje?» (Is 40,18).

Además, este Dios, sumamente bueno en sí mismo, es también sumamente bueno para con nosotros, pues tiene una infinita inclinación para hacernos el bien, liberándonos de los males eternos, y para

hacernos participar de los sumos bienes suyos y de su misma bienaventuranza, y con ese fin nos da también todas las ayudas necesarias y convenientes para que lleguemos a la felicidad eterna.<sup>IV,138</sup>

—*La caridad establece con Dios una verdadera amistad*. Por otra parte, como dice Santo Tomás, la caridad no es solamente amor a Dios, sino una *verdadera amistad con Él*. En efecto, en la caridad se da ese *amor mutuo*, indispensable en toda amistad auténtica. «Nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene. Dios es amor, y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 4,16).

Más aún, si es cosa bien propia de la amistad *la comunicación de bienes*, ya que entre los amigos todas las cosas son comunes, Dios nuestro Señor, por la gracia habitual, posee a los que ama, y los que le aman toman en cierto modo posesión de Él ya en esta vida, haciéndose así «participantes de la divina naturaleza» (2Pe 1,4).

Por todo ello dice el Angélico Doctor que la caridad establece una verdadera amistad entre Dios y el hombre, que se inicia ya en la vida presente y que se consuma en la otra con perpetua felicidad (*STh* I-II, 65,5; +II-II, 23,1).

—*La caridad da forma a todas las virtudes*. En efecto, todas ellas, desprovistas de la caridad, quedan, informes, y pierden su virtud meritoria de vida eterna, según aquello del Apóstol: «no teniendo caridad, nada aprovecha» (1Cor 13,3).

Por el contrario, es la caridad la que *causa el mérito* de todas las virtudes, que bajo su influjo florecen y se llenan de frutos.<sup>IV,148</sup> Ella es raíz y fuente de la que dimanen las virtudes, y en éstas imprime una forma divina, que las hace dignas de premio eterno (*STh* I-II, 62,4).

-Medios para adquirir la caridad:

-Desearla por encima de todo y pedir-la siempre a Dios. La caridad a Dios y al prójimo pone en el hombre las alas que pueden hacerle volar en la paz de la vida divina. «¿Quién me diera alas de paloma para volar y posarme?» (Sal 54,7). El Espíritu Santo, el amor de Dios, en figura de fuego o de paloma, es quien puede acrecentar en el corazón del hombre el ardor de la caridad divina (+Rm 5,5).<sup>IV,151</sup>

-Las mortificaciones, sobre todo las del amor propio, son necesarias para aniquilar a los enemigos de la caridad: toda búsqueda desordenada de la propia honra, de los propios gustos y preferencias, que no mira a Dios ni al bien del prójimo. [224] «El amor divino requiere luz en la mente para conocer las perfecciones de Dios; al contrario el amor propio, la oscurece, y la hace inepta para entenderlas».<sup>IV,154</sup>

Para San Agustín es evidente que el aumento de la caridad depende de la disminución del amor propio (*De div. quæst.* 36,1). San Gregorio estima que «el amor propio de sí mismo ciega mucho los ojos del entendimiento, porque [el hombre] no se mueve entonces por la luz de la fe, como hace según el amor santo, ni sigue tampoco la luz de la razón, sino que se deja llevar por el instinto del placer, del deleite, de la honra, de la ganancia o de la propia utilidad» (*Hom.* IV, 4-6, *in Ezeq.*).

-Formar el hábito de la meditación favorece también el acrecentamiento del amor al Sumo Bien. «Así, para que nuestro corazón conciba el amor divino, no basta que se vaya disponiendo con la mortificación y con el abatimiento del amor propio; sino que es menester que el alma se arrime a este fuego divino».<sup>IV,163</sup>

-Los actos propios del amor de caridad son éstos:

El que ama a un amigo con amor sincero no está pensando en utilidades propias, sino que se alegra en la persona amada, en ella misma, se complace en los bienes que en

ella reconoce, como si fueran propios, y desea para ella los bienes que le falta, y si comete alguna falta se duele con ella. Varios son, pues, los actos propios del amor de la caridad.

-El amor de complacencia es el primer acto de la caridad. Concretamente, un alma que ama a Dios experimenta que en Él se encuentra todo bien posible, sin que nada falte a su perfección y excelencia, y apreciando cuanto en Él hay de poder, belleza, bondad, majestad, inmensidad, grandeza y amabilidad, se considera a sí mismo como revestido de esos mismos bienes.

Por eso dice bien Scaramelli «que la complacencia de las infinitas perfecciones de Dios ha de acrecer tanto en el corazón de quien ama, que le sirva de gran alivio entre los malos de la vida presente. Y así como una madre que se halla afligida por alguna enfermedad o triste por algún grave desastre, al oír que su hijo ha sido sublimado a alguna dignidad, se goza tanto que se olvida de su dolor y no siente ya sus penas, así nosotros, en medio de las desventuras y trabajos que por todas partes nos cercan en esta vida infeliz, viendo a nuestro amabilísimo Dios libre y aun incapaz de nuestros males, viéndole felicísimo por la plenitud y colmo de todos los bienes posibles, nos debemos gozar tanto, que el gozo de sus bienes temple lo amargo de nuestros males».<sup>IV,177</sup>

-El amor de preferencia, también acto propio de la caridad, es un amor lleno de fuerza, pues por él la persona afirma una decidida y continua predilección por Dios, estimando su bondad infinita y su mérito incomparable sobre todas las cosas creadas.<sup>IV,180</sup>

-El amor de celo nace del amor de benevolencia, porque el celo, según Santo Tomás, nace de un amor intenso y vehementemente. Por lo cual, queriendo alguno el bien de amigo, hace todo para ir contra todo lo que se a él se opone. El que ama no solamente se complace del bien del amigo, sino que también desea para él los bienes que no posee. Es éste un amor que muchas ve-

ces tienen los padres hacia los hijos: se alegran de sus cualidades, al mismo tiempo que les desean aquellas que aún no tienen. Pues bien, todo hombre que ama a Dios, al mismo tiempo que se complace en sus infinitos bienes, sufre al verlo ofendido y despreciado. Este amor celoso, según Santo Tomás, nace de un amor intenso y vehementemente, que no solamente procura el bien del amado, sino que se duele de cuanto le es contrario, y trata de impedir con fuerza todo lo que se le opone.

Es éste amor celoso un amor de gran precio, frecuentemente expresado en la Escritura: «me devora el celo de tu templo, y las afrentas con que te afrentan caen sobre mí» (Sal 68,10); «arroyos de lágrimas bajan de mis ojos, por los que no cumplen tu voluntad» (118,136).

Todo cristiano debe consumirse en este santo celo, dice San Agustín, pues siendo miembro de Cristo, debe sentir vivamente cualquier injuria que se haga a su honra (*Trav. Ev. Ioan.* 10,99).

De este celo, precisamente, nos habla muchas veces San Pablo, advirtiéndonos que debe ser celo verdadero, tan fervoroso y eficaz como prudente; pues también en algunos se da el celo por Dios, pero «no según la ciencia» (Rm 10,2), ya que carece de moderación y rectitud. También advierte así San Bernardo: «El celo sin ciencia, es decir, sin discreción, es poco útil y con frecuencia peligroso, y en el peor de los casos viene a ser insoportable» (*Serm. Cant.* 49,5) Por eso, cuanto más fervoroso es el celo de la caridad, tanto más debe ser prudente en su ejercicio (IV,229).

—*El amor de contrición*, finalmente, es forma preciosa de la caridad con Dios. Cuando alguien ama a Dios con un amor realmente profundo, se duele mucho cuando de algún modo le ofende. Así San Pedro: «saliendo fuera, lloró amargamente» (Mt 26,75). A este propósito, advierte Santo Tomás que el dolor de haber ofendido a

Dios debe durar toda la vida, pues aquel que ama de verdad recuerda siempre con dolor haber ofendido al amado (*STh* III, 84,8). Así el salmista: «yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado» (50,5).

#### —*La caridad con el prójimo*

Como sabemos, el amor de la caridad no se dirige solamente a Dios, sino también, y de modo inseparable, al prójimo. En efecto, el amor a Dios nos hace amar todo aquello que Él ama, todo lo que le pertenece, todo cuanto es reflejo de su infinita bondad.

Por eso, «la caridad con que amamos a nuestro hermanos es tan estimable, que a ella se reduce en gran parte el lustre y la perfección de nuestras almas. Esta estimabilidad, a mi ver, se funda en la grande estima que Dios ha hecho de ella; ya porque nos ha dado un estrecho y riguroso precepto; ya porque nos ha dado el dicho precepto en tiempos con expresiones muy singulares; y ya también porque nos lo dió en tiempo muy memorable para nosotros».<sup>IV,297</sup>

Este amor de la caridad hacia los prójimos no se basa en lazos familiares, ni en la simpatía, ni tampoco en los dones naturales que puedan resplandecer en la persona amada. Este amor es de caridad, precisamente, porque tiene su origen en el mismo amor de Dios. En este sentido, no se ama al prójimo por sí mismo, ni tampoco por sus dotes naturales, sino por amor y respeto de Dios. Por eso hemos de decir que nuestro amor tiene la calidad del verdadero amor de caridad cuando amamos en Dios, por Dios y para Dios.<sup>IV,298</sup>

Es ésta una doctrina clásica, que hallamos, por ejemplo, en San Gregorio, según el cual nadie debe pensar sin más que su amor a alguien es amor de caridad, ya que si no le ama en relación a Dios, aunque crea tenerle caridad, en realidad no se la tiene (*Hom.* 38,11 *Ev. Mt.* 22,1-14).

El precepto del amor al prójimo es de suma importancia, pues el Señor nos lo da como substancia de toda la ley, como síntesis de cuanto enseñaron los profetas, y

compendio de toda perfección: «ésta es la Ley y los Profetas» (Mt 7,12). En esta caridad reconocerán que somos discípulos de Cristo (Jn 13,35).

«Pues si este precepto es el principal, de quien todos los otros toman la fuerza de obligar, conviene decir que *entre todos los preceptos sea el más estrecho que Dios haya impuesto*». <sup>IV,299</sup>

El que no ama a su prójimo, dice San Agustín, no solamente queda herido por una culpa grave, sino que pone también en su corazón la raíz de todos los pecados (*Trat. Ev. Ioan. 5,4*). De ahí se sigue que el hombre que está destituido de la caridad no es capaz de hacer ninguna obra santa, meritoria de vida eterna. Aunque dé su hacienda a los pobres, aunque traslade los montes con su fe, haga lo que hiciere: sin caridad, nada le aprovecha (1Cor 13,1-3).

—Por lo demás, *el amor espiritual es más profundo que el amor sensible*. La sensibilidad se complace en el bien sensible captado, mientras que en aquél es la voluntad la que se adhiere al bien captado por el entendimiento. Por eso la unión que el amor produce siempre no siempre es física, pero siempre es espiritual. El amado, ausente o presente, está siempre en el corazón del amante (Flp 1,7), como también el amante está en el amado, pues hace suyas todas las cosas de éste. Y es así como se dice del amor de la caridad que es *íntimo*.

—*Los bienes espirituales deben ser preferidos a los bienes corporales*. Así lo recuerda Santo Tomás, que da tres razones para ello. El don espiritual siempre es más valioso que el don corporal. El alma, que recibe el don espiritual, es más noble que el cuerpo. Las mismas acciones, por las que se transmite el don, son más nobles que las acciones corporales (*STh II-II, 32,3*). Ningún sacrificio es a Dios tan grato, dice San Gregorio, como atender con celo verdadero la salvación de las almas (*Hom. 12,30 in Ez.*).

—*La corrección fraterna*, por ejemplo, es un acto de caridad espiritual, que en ocasiones puede ser obligación grave, pues trata de remediar los pecados del prójimo. Eso sí, para ser eficaz debe ejercitarse con dulzura, en el momento oportuno, empleando los medios más adecuados al efecto deseado. <sup>IV,365</sup>

### Avisos al Director espiritual

El Director ha de intentar en primer lugar que sus discípulos sean *hombres de fe*, y debe cuidar de formar juicios falsos respecto de cómo se hallan ellos en la fe. También debe verificar si tienen tentaciones sobre la fe, y ellas pueden sufrirse por culpa propia.

Téngase en cuenta, en todo caso, que «hay personas buenas deseosas de su perfección, en quienes permite Dios tentaciones vehementes contra la fe; pero no por otro fin, sino para fortalecerlas más en la misma virtud de la fe. Porque así como un castillo se fortifica más, y se procura hacerlo inconquistable por aquella parte que es acometido de sus enemigos; así las almas buenas en aquella virtud en que son más combatidas de los demonios, vienen a hacerse más fuertes y robustas por la valerosa resistencia que hacen a los asaltos de sus adversarios». <sup>IV,55</sup>

Es también función principal del Director *animar a los dirigidos en la esperanza*, ayudándoles a superar desconfianzas, pusilanimidades y desfallecimientos, consciente de que si enflaquece la esperanza, se debilita también el amor. <sup>IV,122-124</sup>

Y como muchas veces el desánimo proviene de los pecados, debe animar a los discípulos a mantener siempre viva la confianza en la misericordia de Dios. «Mas porque este horror indiscreto de los pecados, y este temor demasiado, del que nace la desconfianza y tal vez la desesperación, puede tener origen de diversas causas: esto es de la aprehensión o de los pecados pasados, o de las culpas presentes, o de la inconstancia de la voluntad que recae en los

mismos defectos, o de los males que nos amenazan en lo venidero; por eso debe el Director en todos estos casos tener pronto el remedio para animar a la persona sobradamente atemorizada». <sup>IV,127</sup>

*En lo referente a la caridad*, el Director debe saber distinguir bien en el corazón del discípulo la substancia de esa virtud excelsa, que inclina con fuerza la voluntad hacia Dios, y los aspectos meramente accidentales de la misma, como puede ser los sentimientos de dulzura, que pueden acompañar la inclinación de la voluntad, pero que a veces faltan. En este sentido, la caridad se mide ante todo no por los muchos sentimientos, sino por el mucho obrar y mucho padecer por amor de Dios. <sup>IV,214</sup>

«Si me preguntares cómo se adquiere este amor; digo que con determinarse la persona a “obrar y padecer” por Dios; y en efecto, hacerlo después, cuando se ofrezca la ocasión» (cf. Sta. Teresa, *Fundaciones* 5,3). <sup>IV, 214</sup>

El amor al Señor llega a su perfección cuando «la persona espiritual llega a *cargarse graves fatigas por Dios, sin sentir su peso*, y a emprender obras dificultosas, sin sentir su incomodidad; antes el mismo peso, el mismo trabajo a que se sujeta por Dios, le es deleitable: entonces el amor ha llegado a grado más perfecto». <sup>IV,216</sup>

Y llegado el cristiano a esta caridad perfecta, ha alcanzado la meta del camino de la perfección evangélica.

## Indice

### Introducción, 2

Juan Bautista Scaramelli, S. J. - Sus escritos - Los Directorios - Situación histórica - Jansenismo y quietismo - Reacciones de la Iglesia - La presente edición

### Medios comunes para la perfección cristiana, 5

Medios comunes - El deseo de perfección - La conformidad con la voluntad de Dios - La dirección espiritual - La lectura espiritual - La oración y presencia de Dios - La penitencia sacramental - El examen de conciencia - La eucaristía - La devoción a la Santísima Virgen María

### Obstáculos para la perfección cristiana, 18

Las pasiones desordenadas y no mortificadas - El amor a las riquezas - Las impugnaciones de los demonios - Los escrúpulos - Avisos al Director espiritual

### Las virtudes morales, disposiciones próximas a la perfección, 23

La prudencia - La justicia - La fortaleza - La templanza - Avisos al Director espiritual

### Virtudes teologales, perfección esencial cristiana, 33

La fe - La esperanza - La caridad - Avisos al Director espiritual